



LA BABILONIA HUAXTECA

Primera edición 2021

PEDRO R. TORRES ESTRADA

La Babilonia huasteca

La Babilonia huasteca

MMXXI

DR © Pedro R. Torres Estrada
DR © Taberna Librería Editores
Calle Fernando Villalpando,
Centro, 98000, Zacatecas, Zacatecas
tabernalibreriaeditores@gmail.com

Edición y diseño: Juan José Macías

ISBN: 978-607-8731-48-0

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Impreso y hecho en México


TABERNA LIBRERÍA EDITORES

A los viejos huastecos que inspiraron este relato.
¡Va por ustedes!

Agradezco a la pintora Sylvia Torres por su pasión
y esmero en cada una de las ilustraciones que aparecen
en este texto.

Asimismo, a la profesora en creación literaria, Abril de
León, quien me dio el ánimo para terminar este libro.

¡A las dos, muchas gracias!

CAPÍTULO I

DE LA CAÍDA

Rondaba la edad de 51 años, le quedaban más recuerdos que vida, había nacido en una población cercana al Hui-zache, San Luis Potosí. Era un hombre del altiplano mexicano, de nombre Enrique Ordaz. Serio, lleno de inseguridades y reconcomios, al final se había criado en la dureza y las limitaciones que dan la aridez de la tierra.

Era un hombre listo, pero melancólico, como muchos de los que viven de la agricultura y la ganadería de temporal en aquellas tierras. Ya sus fuerzas físicas empezaban a debilitarse, pero aún tenía en las manos y en los ojos la fuerza de los hombres que se forjaron con hambre.

Siendo niño fue a estudiar a la capital, donde un tío lo ayudó a que pudiera formarse con los salesianos. En los primeros años no fue bueno en la escuela, pero sí le gustaba la literatura. Uno de sus profesores era un viejo sacerdote español reconocido por su formación académica y literaria. Por él conoció a la generación de escritores españoles del noventa y ocho y del veintisiete.

Aunque no viajó fuera de San Luis, pudo estar en el Madrid de Pérez Galdós, en los Campos de Castilla de Machado, así como en la Salamanca de Unamuno. Con este último se enseñó a cuestionar la religión y también a sentir la intranquilidad que debe de tener el hombre para razonar, pero no muchas veces para ser feliz.

Enrique llegó a tener una importante formación literaria. Era un hombre al que lo movía más la emoción que la razón; por eso, aunque pudo triunfar en la capital, prefirió regresar a la aridez de su tierra y a la melancolía del Altiplano.

Estando aún en la capital, se casó con Ana María Díaz de León y tuvo un hijo de nombre Carlos, el cual le dio más disgustos que alegrías. Siempre quiso a Ana María, mujer buena y solidaria en todas sus batallas. Él sabía que ella había sido víctima de sus inseguridades y eso le llenaba de tristeza y culpa. Decidió regresar a su pueblo cuando su padre se fue a las pizcas a Texas y fue a cuidar lo que le dejó y, a su madre, la cual, con sorprendentes habilidades económicas, había logrado mantenerse y aun mandarle algo de dinero a Enrique durante el tiempo que estudió en la capital.

Corría la segunda mitad de 1946, aquel año había habido una sequía más fuerte que las que suelen darse en el Altiplano. Ana María había muerto 2 años atrás y Enrique se aferraba a su tierra y a sus recuerdos. Era ya el mes de septiembre y no había caído la lluvia que necesitaba su siembra que había hecho en julio; se quedaba viendo con impotencia las hileras de plantas de frijol tostadas por el sol, ya marchitas y muertas por falta de agua. Al no poder hacer nada, bajó la mirada, escupió al suelo y vio cómo se levantaba la tierra polvorienta al caer su escupitajo.

Al mismo tiempo que su labor se secaba, sus mojinos, yeguas y vacas estaban cada vez más flacas. Había logrado juntar 12 vientres y un semental y, aunque no tenía pastura, se aferraba a su ganado con una fe ciega, que no da la razón, sino la ilusión.

Una mañana, a finales de septiembre, se dio cuenta de que su vaca, la «Ensabanada», estaba caída junto a otras de

sus vacas, «la Careta» y «la Melona», y, junto a ellas, sus crías. Cuando llegó, ya no se pudieron parar, estaban entumidas. Desesperadamente, corrió a buscar un mecate y unos costales para colgarlas de un mezquite que estaba cerca del corral. Ahí con ayuda de su vecino y una mula, logró colgar sus vacas para tratar de desentumirlas y que no murieran.

Su vecino, de nombre Jesús Michel, era un viejo cristero de los altos de Jalisco que había llegado a esa tierra huyendo de agravios que había realizado cerca del Grullo. Era güero, aunque tatemado por el sol, de ojos borrados y de sonrisa fácil; sin embargo, ya solo le quedaban unos pocos dientes. Usaba un sombrero de ala ancha chueco y viejo que nunca se quitaba, tal vez para ocultar su calvicie ya que, aunque Jesús era viejo, siempre fue muy enamorado y coqueto. Contrario de Enrique, que era melancólico, Jesús era alegre y optimista. Le decía a Enrique: «No te preocupes, vamos a salvar estas pinches vacas y, a la vuelta de año, las vendemos porque ya quedan tocadas después de los calambres».

Al día siguiente, regresó Enrique al corral y dos más de sus vacas se encontraban tiradas con unas cuantas hojas de rastrojo de maíz en el hocico, remolándolas con una calma, como la de un sentenciado que espera la muerte con un cigarro. Buscó a Jesús y le volvió a pedir que le ayudara. Al terminar de colgarlas, ahora en un Capulín cerca del mezquite donde se encontraban la «Careta» y la «Melona», volteó a ver ese escenario que se le hacía propio del infierno, que había leído que existía, en un catecismo del padre Ripalda.

Jesús llevó unas cuantas pacas de zacate seco y se las metió en el hocico a las vacas para que trataran de recuperarse, pero ya fue tarde, se fueron quedando como dormidas y sus crías se

acurrucaban a ellas buscándoles las ubres para mamarles leche, pero se fueron muriendo poco a poco.

Para el fin de mes, Enrique ya no tenía ni siembra, ni vacas, pero tampoco tenía ya ganas de seguir. Se sentó en un tronco y viendo uno de los mecates donde aún estaba el cuerpo mal oliente de una de las vacas muertas, pensó en colgarse y acompañar a la «Ensabanada», que ya había nacido en sus potreros y que era su orgullo.

Para él, ya no quedaban ilusión ni ganas de vivir, su esposa ya no estaba y de Carlos, su hijo, apenas tenía noticias cada vez que este le escribía pidiendo que le mandara dinero a la capital, a donde se había ido a estudiar. Enrique solo sabía de su hijo que ahí seguía viviendo, tratando de trabajar en un banco de la localidad. Por una hermana de Ana María, sabía que siempre andaba muy «curro», vestido de corbata y traje, aunque Enrique sospechaba que sin un peso en el bolsillo.

Se levantó y desamarró una de las vacas para usar ese mismo palo y mecate para ahorcarse. Ya no pudo más con su melancolía y desasosiego. Le gustó más el capulín que el mezquite para colgarse, ya que se le vinieron recuerdos de su Ana María. Recordó sus ojos, que se le figuraban los frutos que daba ese árbol y que son muy negros y brillantes.

Cuando ya tenía todo listo, escuchó unos gritos a lo lejos. Era Jesús, que le vino a decir que le acababan de quitar su vieja camioneta los del banco, con la cual hacía fletes de maíz y frijol a la central de abastos de la capital.

Jesús le dijo a Enrique, soltando una carcajada:

—Ahora sí estamos jodidos.

Enrique, en un primer momento, sólo se le quedó mirando, aunque pasando unos minutos, le preguntó:

—¿Y ahora qué hacemos?

—¡¡Cantemos!! —le contestó Jesús. Y se desfajó la camisa, sacando una botella de mezcal de la Pendencia, le dio un trago y se la pasó a Enrique.

Ya cuando sintieron que el cuerpo se calentaba, Enrique le confesó que él ya no quería seguir y que pensaba buscar en la presidencia municipal un asilo que le habían dicho ayudaba a los viejos y jodidos.

Jesús, que era mayor que Enrique, le contestó:

—¿¡Viejo!?, ni madre. Tenemos media vida y siguiendo.

—Escuché a uno de los del banco, mientras trataba de convencerlos de que no se llevaran la camioneta, que, en la capital, el gobierno estaba dando apoyos para todos aquellos que habíamos perdido las siembras y vacas por la sequía. Vamos a ver a esos cabrones y vas a ver, Enrique, que algo les bajamos. Usted nomás no se me raje. Mañana paso por ti para irnos a ver a esos de la Secretaría.

Enrique, que era más pesimista, le contestó:

—Esos no nos van a dar nada y, además, no tengo dinero para ir.

Jesús le comentó que había alcanzado a quitarle a la camioneta una llanta de refacción y unas redilas y que las llevaría con Tacho, el de la vulcanizadora, y seguro que conseguiría para el pasaje y para comer.

Con el dinero que consiguió Jesús, al día siguiente se fueron en el primer autobús que salía, con más esperanza que con certeza de que los fueran ayudar. Llegaron a la Secretaría y fueron a la oficina del que manejaba el programa. Preguntaron a su secretaria si los podía recibir el ingeniero, a lo cual ella les contestó que no, que estaba realizando un informe para el gobernador, que regresaran más tarde. Se fueron a comer y regresaron después de la comida. Volvieron a pre-

guntar, pero ahora les anunciaron que se encontraba en una reunión y que no los podía recibir. Ellos esperarían.

Se fueron a sentar a las afueras de la oficina, en unas escaleras que había. Ahí estaba otro grupo de agricultores y ganaderos. Vio Enrique curiosamente cómo los ganaderos eran más agresivos en sus reclamos que los agricultores, que estaban muy callados entre ellos. Incluso mientras esperaban, hablaban en voz alta que el gobierno se estaba clavando el dinero y se remolineaban en torno a un hombre gordo de bigotes largos, con sombrero de copa alta, cinto de pita ya muy desgastado y botín de color café, que era como su líder. Escucharon que le mentaban Maximino.

Jesús les preguntó que de dónde venían y Maximino le respondió que, de unos ranchos en los límites con Guanajuato y Jalisco, donde también sus vacas se estaban muriendo. Le preguntó que si conocía. Jesús dijo que no, pero que conocía muy bien la zona ya que le había tocado tomar algunas poblaciones del rumbo cuando fue cristero. Ya no quiso seguir preguntado y se regresó con Enrique.

Cerca de las 6 de la tarde y sin noticias del mentado ingeniero, se organizaron para volver a preguntar. En esta ocasión la secretaria les dijo que no los podía recibir, que el ingeniero estaba haciendo un informe para la ciudad de México. En un primer momento, todos se quedaron callados, como resignados a que ya no los recibirían y cuando estaban por darse la vuelta, se escuchó la voz de Maximino:

—Esos cabrones se la pasan haciendo informes y aquí nos tienen todo el día, ahora nos recibe o le rompemos la puerta a chingadazos.

En ese momento, el grupo de agricultores que había estado muy callado y quieto se alebrestó, incluso más que los

ganaderos. Enrique y Jesús estaban sorprendidos, pero emocionados, hasta Enrique que venía muy cabizbajo sintió que su corazón volvía a latir con mucha intensidad y sus manos les cosquillaban y sudaban. En ese momento, sintió que aún estaba vivo y le dieron ganas de agarrar una maceta de cantera, que tenía una biznaga que le quedó cerca y aventarla sobre la puerta del ingeniero. Pero se dio cuenta de que uno de los agricultores ya había agarrado un cenicero y lo aventó a una de las ventanas. Por el ruido, en ese momento, salió el mentado ingeniero a prometerles la ayuda en sus demandas.

De entre sus ropas, morrales, carpetas azules de hule y carpetas de papel mojado, sacaron los papeles de sus tierras y propiedades, en donde había desde escrituras del siglo pasado, hasta acuerdos presidenciales y todo tipo de papeles, en los que ellos sentían que portaban sus propiedades y sus familias y, como consecuencia, todo lo que tenían. Cuando un hombre siente que puede perder todo, ya casi no le importa nada.

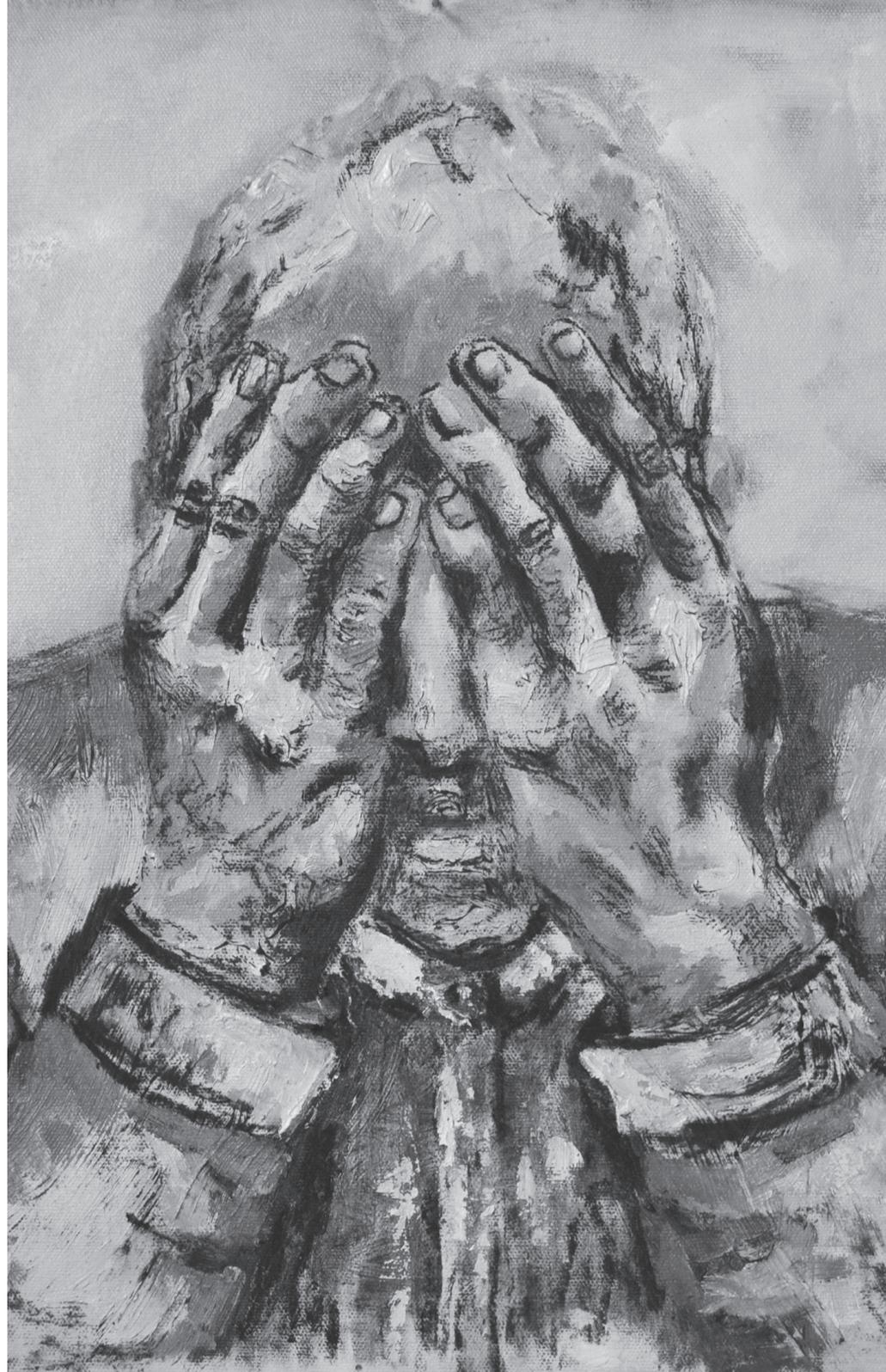
Para calmar la revuelta, el ingeniero les pidió que se formaran y que pusieran en una hoja cuántas hectáreas de siembra habían perdido y cuántas cabezas de ganado se les habían muerto, así como la ubicación del rancho y el nombre del propietario y les comentó que realizarían una visita personal, para evaluar los daños en menos de dos semanas y bajar el recurso para ayudarles. El ingeniero, que había sido diputado, siguió con un discurso, el cual pocos entendieron, pero todos aplaudieron, en el cual les habló de la Revolución, del presidente de la República y cerró con las cualidades del gobernador del estado, no sin antes pasar por los próceres locales.

Jesús le dijo a Enrique:

—Vas a ver que, en menos de un mes, vamos a venir por el cheque y con esto volvemos a empezar. Yo ya tengo visto pe-

dir un crédito para comprar otra camioneta, con unas buenas redilas, para que le quepan más bultos.

Enrique seguía callado. Aunque iba contento, por volver a sentir fuerza y coraje cuando vio la biznaga que quiso aventar contra la puerta del ingeniero. Esa noche se regresaron a sus ranchos sabiendo en el fondo que no les darían nada, pero que aún tenían un sorbo de vida para su último tercio.



CAPÍTULO II

DE LA RETIRADA

Como bien lo intuyeron, pasaron las semanas y el ingeniero nunca llegó, a pesar de todos los discursos y arengas que les dio. Enrique y Jesús iban a la presidencia para ver si sabían algo de sus apoyos y les decían que no, pero que llenaran una nueva solicitud que ellos se encargarían de mandar a la Secretaría. Así fueron hasta tres veces. Jesús no perdía la fe, pero Enrique, que era más práctico, le dijo: ya traigo a los que les debo detrás de mí. Al de la semilla del frijol, al de la maquila del barbecho y la rastra, al del rastrojo, pero la que más más me preocupa es Palmira, que me fia el mandado, ya le debo tres semanas. Y terminó diciendo: esto no se ve bien a mis años, tenemos que hacer algo.

Jesús se rió: yo también le debo a medio pueblo y ya nadie me quiere fiar, pero en la cabecera municipal no me conocen bien y ahí hay un tendero español que me fia, pero no tardará mucho en darse cuenta quién soy. Mientras aguante hay que darle, acompáñame para comprar un mandado para los dos, a ver si hay tiro.

No tenían en que ir, pero vieron unos camioneros que estaban subiendo a un pequeño camión unos bloques de cantera. Les ayudaron y, a cambio, les pidieron que los dejaran en la cabecera del municipio, que les quedaba de paso. El camino duraba una hora. A Jesús le tocó ir adelante, junto al chofer y su ayudante; Enrique se acomodó

atrás, sentado en unos comedores de cantera para puercos que llevaban.

Durante ese tiempo, Jesús se fue platicando con el chofer y le preguntó que a dónde iban. El chofer, de nombre Benito, le explicó que venían de un pueblo de Zacatecas llamado Pinos y que iban a una zona con mucho calor y estaba en los límites de San Luis Potosí y Tamaulipas. Él le llamó, «La huasteca».

—¡Ah cabrón! ¿Y ahí qué hay? —Le preguntó Jesús. Benito le contestó:

—Por aquellas tierras hay mucho movimiento. El gobierno está haciendo un sistema de riego muy grande y abriendo muchas tierras a la agricultura y ganadería. Nosotros llevamos cantera para vender y de regreso traemos azúcar.

En aquella región se levantan hasta tres cosechas al año y los pastos de las praderas les llegan a los huevos a los toros; hay unos mangos que parecen melones, los lugareños les llaman mangos petacones; las cañas son tan gruesas que parecen ota-tes; además, para donde volteas hay agua. Nosotros estamos pensando ya no seguir llevando cantera y transportar solo caña a los ingenios. Jesús no le creyó, pero lo seguía escuchando y hasta les preguntó:

—¿Cada cuánto van para allá?

—Cada semana, los martes —le contestó Benito.

Jesús tenía mucho tiempo que no veía correr el agua en la región, así que, en su mente, eso se le hacía imposible.

Los dejaron en la entrada de la cabecera. Enrique y Jesús se despidieron dándole las gracias y diciéndoles:

—Que les vaya bien.

Caminaron por la calle principal hasta la plaza de armas. Ahí estaba la tienda del español, que se llamaba «La ruta de la plata».

Era de un republicano, que muy a su pesar se llamaba José Antonio, como el creador de la falange española y que había llegado a México a principio de los años cuarenta. En el pueblo le decían «el gallego», aunque él era extremeño, nacido en Cáceres.

Jesús sabía que tenía que ser muy hábil para pedirle fiado, ya que de eso dependía su mandado de la semana y también el de Enrique. Había escuchado que al republicano le gustaban los toros y los pasodobles. Entonces, Jesús recordó que su papá le platicaba que había conocido a Rodolfo Gaona, a quien le decían «el indio grande», ya que tentaba por las ganaderías de Jalisco en los años veinte, aunque era de Guanajuato. No sabía casi nada de Gaona, pero se acordaba del mote que su papá le confió.

Cuando Jesús entró a la tienda se quitó el sombrero, que poco lo hacía, y viendo un cartel de toros que el español tenía en un rincón, le dijo:

—Yo conocí al indio grande.

El español, que atendía a una señora, volteó rápidamente y le replicó:

—Al Califa de León.

—Ese mero —le contestó.

Jesús, sin saber que también así le decían, pensó:

—Ya chingué.

El español les platicó que él había visto torear a Gaona en Cáceres, junto a Joselito y Belmonte. Enrique y Jesús, sin entender mucho del tema, asentían con la cabeza. El español recordó a su padre y a sus campos extremeños:

—Ahora que muera Franco, voy a regresar a España.

Jesús, muy serio, le preguntó:

—¿Quién es ese Franco?

El republicano le contestó que Franco le arrebató el poder al presidente Azaña, quien había logrado avances en las libertades españolas y había puesto en su lugar a los curas. Jesús solo hizo un guiño cuando escuchó esto último, pero aguantó sin decir nada, pues su mandado estaba en juego.

Terminó diciéndoles:

–Yo fui parte del Ejército Rojo, pero fue inútil seguir peleando, todo se perdió en la batalla del Ebro. Casi todos nos dieron la espalda. Bueno, menos una brigada que le llamaban internacional, donde había norteamericanos, rusos, franceses e, incluso, mexicanos. Yo pude salir por Portugal. Había un diplomático mexicano que nos dio visas y así pudimos llegar. Aquí empecé de nuevo mi vida y ya mis hijas son mexicanas, al igual que mi mujer.

Se quedó un momento callado, como añorando lo perdido, y cerró la plática preguntándole a Jesús:

–¿Qué necesitas?

–Lo de la semana pasada –contestó con su rostro impávido, aguantando la respuesta del español–. También quería ver si le fiaba a mi amigo Enrique –agregó–, no traemos dinero, pero le vamos a pagar.

–Anda ya, de eso ni hablemos, ya me pagas cuando tengas.

Les puso en dos bolsas separadas un paquete de frijol, un litro de aceite, café del vapor, un bloque de piloncillo, una bolsa de galletas de animalitos, unas latas de sardina y unas colaciones a cada uno.

Jesús revisó la bolsa y miró con ojos risueños al republicano:

–En el rancho hace mucho frío.

–Que te veo venir –contestó el republicano, y tomó una botella de mezcal de Jaral de Berrios y la metió a la bolsa de

Jesús. Enrique agarró su bolsa y se acercó al español, con la mirada profunda de sus ojos rasos, y le aseguró:

–Le vamos a pagar.

En ese momento, los tres se sentían exiliados, unos en su tierra y otro fuera de la misma, los tres tenían melancolía de lo perdido, se sintieron unidos sin decir nada, en silencio. El español sintió una sensación de regresar algo de lo que esas tierras le habían dado en aquellos hombres que venían caídos, así que sacó una botella de «Brandy Independencia», que guardaba en la trastienda con gran sigilo, detrás de unos bultos pesados de salvadillo. La destapó y les invitó una copa a cada uno en unos jarros de barro que tenía debajo del mostrador.

Salieron los dos amigos muy contentos del logro obtenido, después de tantos días sin una buena noticia. Cuando iban caminando a la carretera a ver quién los regresaba, Jesús le comentó a Enrique, lo que le habían dicho los del camión y terminó diciéndole, por qué no le calamos y nos vamos a esas tierras, donde el pasto les llega a los huevos a los toros y las cañas son como los otates.

Enrique, muy pensativo, le contestó:

–¿Quién cuidará de nuestros muertos? Aquí está enterrada mi mamá y Ana María. Además, ya estamos viejos.

–Vamos un mes y si no, nos regresamos –dijo Jesús.

–Déjame lo pienso.

Tuvieron suerte y los regresó un camión frutero que Jesús reconoció de la central de abastos. Se despidieron en la entrada al pueblo y cada uno se fue a su casa. Enrique iba pensativo con lo que le había dicho Jesús, no paraba de darle vuelta. Llegó a su casa y dejó la bolsa de mandado en una mesa de mezquite que tenía en el centro de la cocina.

La casa de Enrique era de adobe con piso de tierra. Ya no quedaba ninguna de las plantas ni flores que Ana María había sembrado. Tenía una estufa de leña que prendía poco. Su buró y su armario eran unas cajas de tomate que había conseguido, la alacena era un tapanco donde había una caja larga donde apenas había un salero y unas lentejas con gorgojos, tenía unos costales viejos encima de un mueble que le servía de sala y comedor, en el cuarto que había sido de Carlos y que se mantenía igual que cuando se fue a estudiar, había un ropero con espejos en cada una de las puertas. En ellos se vio Enrique, flaco, pelo quebrado, ya tenía las cienes llenas de canas, de cejas pobladas, pómulos hundidos; vio también sus manos regordetas y morenas por el sol, rasposas como una lija. Aunque no se veía fuerte físicamente, esa tarde alcanzó a ver en esos espejos del ropero, que eran poco nítidos, su mirada con un poder y un coraje que no había visto desde que nació Carlos, su hijo.

Al día siguiente, se levantó y fue a buscar a Jesús, para decirle que estaba puesto para ir a la Huasteca. Jesús se entusiasmó también.

—Acabaremos con las mujeres de aquellas tierras —expresó, soltando una carcajada. A Jesús no le importaba tanto el dinero como las mujeres, causa de sus desgracias—. Nos vemos el martes por la mañana para ir a buscar a los del camión de cantera que sale de aquí como a las 12:00.

Enrique, en esa semana fue a arreglar lo que debía. Al de la maquila le dio su herramienta, al de la tienda unos cueros y saleas que podían revender, al de la semilla una pistola calibre 40 que le había dejado su padre cuando se fue a Texas, se quedó sin nada, pero pagó. Solo le quedó pendiente el español, al cual le prometió regresar.

Y llegó el martes. Enrique empacó lo poco que tenía, cuatro camisas, tres de trabajo y otra para los domingos, como él decía, tres pantalones de rayas con bolsas rectas y tarugos en los costados, se puso sus viejos botines, se fajó la camisa y se ciñó un sombrero que guardaba celosamente y que le había dicho a Ana María, que sería para la graduación de Carlos.

Se paró en la puerta de la casa y, ya para salir, vio todos sus campos y su labor. Las cercas estaban caídas, los corrales ya sin ganado, lo que más le dolía era que posiblemente ya no volvería a ver aquel árbol de capulín que le recordaba los ojos negros y brillantes de Ana María. Tenía una gran tristeza, pero también una gran ilusión. Esta vez no se le rasaron los ojos, esta vez lloró como nunca lo había hecho. Agarró un pequeño cuadro de Ana María y lo metió a su caja; después, solo cerró y se fue.



CAPÍTULO III

DEL CAMINO

Jesús no batalló mucho para dejar esas tierras. Al final, él estaba acostumbrado a andar a salto de mata desde la Cristiada. Había llegado a la región allá por el año treinta y dos, cuando él tendría unos 41 años. Estaba huyendo por un problema que pocos sabían, pero que se rumoraba había sido por la muerte de un hombre que quiso matarlo por haberle sido infiel con su mujer. Los lugareños decían que Jesús no era misterioso, solo que no se sabía nada de él.

Jesús, a su modo, era un hombre sabio. Su madre le había enseñado a leer y se sabía de memoria muchas partes de la Biblia. Había sido diácono en la etapa del Presidente Calles. Incluso, sabía inglés, ya que lo habían mandado en aquellos tiempos al seminario en Castroville, cerca de San Antonio en Estados Unidos, cuando se cerraron los cultos en México. En ese seminario, conoció a un historiador norteamericano que estaba escribiendo un libro sobre la historia de México, con el cual platicaba y perfeccionaba su inglés, a la vez que aprendía sobre México, no olvidaba que este historiador le hablaba mucho sobre los volcanes naturales y políticos que México tenía, así como de las diferencias entre Estados Unidos y México.

En el seminario estudió Filosofía y Teología. Conocía bien sobre el Derecho natural; había leído a Aristóteles, Santo Tomás, Marsilio de Padua, Francisco de Vitoria, Tomás Moro... Incluso conocía bien las obras de Santa Teresa de

Ávila y San Juan de la Cruz, estas últimas fue de lo poco que se llevó a las huastecas.

El libro que más le gustaba eran las confesiones de San Agustín. En ocasiones decía: «Dios hazme santo, pero no ahora». Y también le llegó a decir a Enrique: «Yo soy casto y no por gusto. En aquellas tierras apenas había mujeres bonitas y las bonitas eras las novias o esposas de los riquillos de los ranchos».

Jesús tenía poco: su camioneta que ya le habían quitado, un sagrado corazón que le había dado su padre, así como un rosario que él mismo había comprado en San Juan de los Lagos y que siempre lo cargaba de manera discreta en su pecho, desde los tiempos del Gral. Gorostieta, a quien llegó a conocer personalmente.

Cuando Enrique lo vio, le dijo: «No traes nada». Jesús le contestó:

–Siempre he viajado ligero. Los ricos así somos –y soltó una carcajada. Vieron llegar el camión manejado por Benito. Siguieron el mismo ritual de la vez pasada, subieron la cantera, y esta vez Benito le pidió a Enrique:

–Vente acá con nosotros, aquí nos apretamos.

Junto con los tres iba el ayudante de Benito, un huasteco que tenía ya unos años trabajando con él. Su nombre era Efrén, indio huasteco nacido en Matlapa, tenía el pelo muy lacio, lampiño de barba y bigote. Sus piernas eran fuertes y zambas y su color de piel era cobrizo; siempre andaba vestido de calzón blanco y botín negro y usaba una muserola también blanca, con un sombrero de ala ancha de palma.

Arrancaron el camión y se dirigieron hacia el norte. Jesús le preguntó a Benito después de algunas horas que por dónde iban.

–Aquí es Ciudad del Maíz. En un rato pararemos a cargar diésel y podemos comer unas gordas de horno que por aquí hacen y que siempre compramos.

A Jesús y a Enrique todo les llamaba la atención, desde la tierra hasta las personas. En el puesto donde se pararon a las gordas, atendía una joven mujer de cara blanca, cejas negras, pelo lacio y negro y boca grande. Cuando Jesús la vio, quedó enamorado de ella. Se le figuró una de las imágenes que había visto en un libro ilustrado de la Divina Comedia. Así que entabló diálogo con ella:

–¿Te llamas Beatriz?

Ella le contestó que no, que se llamaba Sylvana.

–Tienes cara de italiana.

Ella le platicó que su padre había llegado de Bolonia antes que empezara la Segunda Gran Guerra, en el año treinta y ocho, y continuó diciéndole. Aquí vivimos desde entonces. Nadie nos persigue, no somos ricos, pero estamos trabajando. Cuando salimos de Bolonia allá todo eran *camisas negras*, gritos y peleas entre todos. Aquí es distinto, todos trabajan y se ayudan. Sin embargo, cuando llegamos, al poco tiempo vivimos nuevamente el terror de la violencia y la barbarie.

Aquí vivía un general de nombre Saturnino. Era buena persona con todos y a nosotros nos ayudó cuando llegamos; era amo y señor de este valle, pero un día se peleó con quien no debía. Una mañana llegaron a la estación de ferrocarril un gran número de soldados a buscarle. Él huyó a la sierra con un compadre y su gente más cercana. En esos días, los soldados entraron a nuestra casa en busca de él y sus seguidores, empujaron a mi papá y le gritaron:

–¿Dónde está ese cabrón?

Mi padre no sabía nada, pero así lo tuvieron mucho rato a

culetazo limpio. Él les negaba tener idea, que fueran a su hacienda, que ahí tal vez estarían. Uno de los soldados me miró.

–Mire, mi teniente, si no nos dice nos cobramos con la muchacha.

Mi padre reaccionó:

–¡Filio de puta!

–¡Te vas a morir cabrón! –amenazó el teniente.

Yo expliqué que éramos italianos y que, si nos hacían algo, nuestro gobierno reclamaría. El teniente no tuvo claro lo que podía pasar y prefirió dejarnos e irse. Esa misma tarde, que hacía frío, trajeron el cuerpo del General Cedillo y lo pasearon por la Plaza de Armas. Se corrió el rumor de que lo había traicionado su compadre y que él mismo lo había matado. En la iglesia escuché a una mujer:

–Eso le pasa por matar a los soldados de Dios.

Me acerqué con el valor que da la ignorancia y le pregunté:

–¿Por qué dice eso?

–Este viejo panzón y feo mató al general Gorostieta.

Jesús nuevamente calló, como cuando aquel ganadero de sombrero de copa alta le preguntó que si conocía los límites de Guanajuato y Jalisco. Después del relato, a Jesús se le quitaron las ganas de seguir con sus galanterías y mordió la gorda, la cual tronó en su boca por la tierra que le había caído mientras escuchaba el relato de Sylvana. Recordó calladamente, aquella primavera del año veintinueve, cuando vio por última vez al General Gorostieta cerca de Atotonilco el Alto.

Terminaron de comer, Jesús pidió valientemente la cuenta y cuando la chica se la dio, amenazó con pagar, pero Benito, que sabía que no traían nada, les expresó: «ésta yo la pago y ustedes pagan la que sigue».

Siguieron los cuatro su camino. Ya eran después de las tres. Efrén sacó del botín negro una botella de caña y se las pasó. Benito la rechazó porque iba manejando, y lo mismo hizo Enrique. Sin embargo, Jesús la agarró y le dio un trago a pico de botella. Efrén les dijo que no le gustaban las curvas, que se mareaba, y les recomendó unos tragos de caña para pasar la siguiente etapa del camino.

Unos minutos después de que Efrén comentara eso, empezaron a dar tumbos en la cabina del camión. Jesús y Efrén empezaron a platicar con más intensidad conforme avanzaba la sierra y la botella. Por su parte, Enrique iba blanco y sudando frío.

Jesús, que iba más contento que el resto, veía cómo de los pinos se iba cambiando el paisaje; empezó a ver unos árboles llenos de un heno que les colgaba de las copas y sus ramas, dándose cuenta de que es el que se usa en los nacimientos en diciembre y que le llaman paxtle.

Ya habían pasado casi dos horas de curvas. Enrique se había quitado una chaqueta corta que usaba y abrió la ventanilla, sintió el aire que le reconfortaba y un ambiente húmedo; también percibió un olor a miel quemada.

El camino y las curvas se le hacían interminables, cuando de pronto, al terminar una curva cerrada, se alcanzó a apreciar un gran valle verde. Enrique, sorprendido, le preguntó a Benito:

–¿Qué es todo eso?

–El inicio de las huastecas –le contestó.

–¿Dónde se van a querer quedar? –preguntó Benito.

–Donde están los mangos que parecen melones –le respondió Jesús.

Rió Benito:

–Yo voy hasta Tampico, les recomiendo que ahí se bajen y vayan a buscar a mi paisano Antonio. Díganle que quieren trabajar; él tiene una tienda de abarrotes frente a la aduana.

–Pues vamos a Tampico –contestó Jesús, mientras Enrique escuchaba pensativo.

El camino siguió, pasaron por las cañas que parecían otates, por donde había un gran cerro que los lugareños le llamaban del Bernal. A Enrique le llamaba la atención ver tanta agua que, a veces, le hacía no dejar de recordar su tierra, y se decía:

–Con dos pulgadas que me hubiera llovido, como aferrándose a su siembra.

También vieron unas vacas y toros blancos con una gran giba, que apenas podían caminar de lo gordos que estaban. Jesús volteó y se dirigió a Enrique:

–¡Te dije! ¡¡¡El pasto les llega a los huevos!!!

Llegaron al atardecer a Tampico. Benito los llevó a la plaza y ahí los bajó. Les dijo: «La semana que entra regreso. Vayan con Antonio y me lo saludan, no se rajen».

Cuando se bajaron, con sus pocas pertenencias que traían, se sentaron en una banca debajo de una palmera que se movía con el viento. La brisa del mar también les parecía una novedad, pero lo que más le llamó la atención a los dos, era que había mucha gente que hablaba distinto a ellos.

Primero observaron a un señor que iba seguido de una señora que no sabían en qué lengua hablaban, pero distinguieron que ella le decía Elías. Llevaban unas cajas de cartón a sus cuestas llenas de percales. Luego vieron pasar dos hombres de aproximadamente veinte años, que traían ceñida una boina negra y que hablaban en un idioma que Jesús tampoco pudo distinguir, pero que intercalaban ese idioma con el español.

Lo único que alcanzaron a saber, era que uno se llamaba Iñigo y el otro Iñaki.

Vieron a un grupo de chinos muy callados, aunque de repente empezaban a hablar con mucha intensidad.

–Hazte para acá, que estos cotorros no me dejan escuchar –pidió Enrique a Jesús.

Frente a ellos estaba un grupo de texanos, de quienes Jesús escuchó que al día siguiente saldrían a un pueblo llamado Ébano, a unos pozos petroleros en donde trabajaban. Los acompañaba un irlandés pelirrojo que hablaba muy distinto a los texanos y que Jesús distinguió por el acento.

Ya casi por irse para ver dónde podían descansar, Enrique vio un joven regordete de cara muy blanca, se acercó y le preguntó:

–¿Por aquí dónde hay un hotel?

El joven les contestó:

–En la calle Universidad. Mi negocio está cerca, pero tengo que ir por unas cajas a la aduana, si no los acompañaba.

–Te ayudamos con las cajas y, terminando, ya tú nos acompañas.

–Me parece bien –les contestó el joven.

Ya de camino a la aduana, se presentaron. El joven se dijo llamarse Domingo Ortega, natural de Castilla, dueño de un pequeño negocio de ultramarinos y vinos que él llamó «La Castellana».

Cargaron las cajas y se fueron rumbo a la tienda. Las acomodaron en el almacén, que era de madera y muy amplio, donde había desde piernas de jamón serrano de Guijuelo, cecina castellana, latas con angulas, morcilla de Burgos y todo lo que los españoles podían añorar en su otra tierra. Al terminar anunció el joven Ortega: «Vamos al hotel».

Jesús vio en el camino que las cajas que cargaban eran botellas de Coñac.

–Muchacho, tienes aquí mucho dinero y no tienes velador, déjanos quedarnos esta noche y ya mañana Dios dirá.

Al principio, el joven Ortega no supo cómo reaccionar y, en un primer instante, pensó decirles que no, pero los vio viejos y cansados y pensó, estos qué tanto se pueden llevar en sus espaldas.

–Adelante Jesús, tú puedes quedarte arriba de esos bultos de azúcar y tú, Enrique, cerca de la ventana que, aunque ya es otoño, aún hace calor.

Se retiró el joven cerrando por fuera y los dejó solos. Estaban muy cansados, los dos se acomodaron y Enrique le preguntó a Jesús:

–¿Cómo ves esta tierra?

–Esto es vida, esta es la gran Babilonia Huasteca.

Y, respirando hondamente, se durmió con la ilusión que hace mucho tiempo no tenía.

CAPÍTULO IV

DE LA LLEGADA

Se levantaron aquel miércoles de mediados de octubre. Aún se sentía la brisa del mar, aunque empezaron a sentir también algo de humedad en la frente. Enrique le preguntó a Jesús:

–Y ahora ¿qué vamos a hacer?

Jesús le contestó:

–Ya nomás que llegue el joven castellano vamos a buscar al paisano de Benito.

Un poco antes de las ocho, escucharon unos candados y unas cortinas de metal que se levantaban. Minutos después, llegó Domingo. Ya los dos estaban vestidos y sentados en unas cajas de madera que tenían unos vinos. Jesús quiso aplicar la de los toros para ver si podían bajarle el desayuno, pero Domingo les contestó que él no era aficionado, y luego les preguntó que qué andaban haciendo por aquellas tierras. Enrique le dijo:

–Perdimos nuestras cosechas y hemos venido a buscar suerte.

–¿A sus años? –preguntó Domingo.

–La necesidad y la pobreza no tienen edad, la necesidad tiene cara de hereje y te mueve, quieras o no.

Esbozando una mueca, Domingo les preguntó:

– ¿Y qué saben hacer?

–Yo trabajé en unos tostadores de café y sé llevar los libros de contabilidad, se me da eso del cargo y el abono.

–Yo sé manejar tractores, camiones y camionetas –continuó Jesús.

El joven castellano se quedó pensando.

–Enrique, si quieres, me puedes llevar los libros de la tienda, que, aunque no es muy grande, ya empiezo a tener problemas con las mercancías y los inventarios.

Enrique aceptó sin preguntar cuánto ganaría.

Después se dirigió a Jesús.

–Aquí no manejamos fletes, pero si quieres, puedes trabajar en la bodega.

Jesús, que no era persona de encierro, se disculpó de manera muy elegante y agradecida:

–No puedo, ya tengo un ofrecimiento de llevar azúcar a los barcos que viajan rumbo a Europa, pero sabes que en mí tienes un amigo. Solo te quiero pedir una última cosa. ¿Me puedo quedar a dormir un par de noches más, que es cuando llega el camión que me pidieron que maneje?

–Sin problema se pueden quedar –contestó el castellano.

Mientras Jesús se fue a buscar a Antonio a su tienda, Enrique tomó posesión de su nuevo puesto, le entregaron unos grandes libros con pastas duras de color café, le dieron un pequeño escritorio, que estaba en la mitad de un pasillo, entre la bodega y el mostrador. Desde ahí podía ver hacia la bodega, pero también podía ver hacia el mostrador y a la calle.

Se empezó a dar cuenta del dinamismo de la ciudad, ya que llegaban personas a comprar de todas partes. Le llamaba la atención que muchos de ellos fueran europeos, entre los que sobresalían los españoles, que según el joven castellano habían llegado a finales del siglo XIX, durante a la caída de la República, a finales de los años treinta. Especial curiosidad le causaban los árabes, que él tenía en su mente que eran mo-

renos y de pelo rizado y que, además, no eran católicos, pero se dio cuenta que los que ahí vivían eran güeros, e incluso algunos traían grandes crucifijos de oro en sus pechos.

Enrique se sentía muy contento de estar en su nuevo trabajo, pero lo que más le gustaba era ver pasar a la gente. En su rancho pasaba días sin ver a nadie. Vio de repente un grupo de mujeres que iban vestidas con un tocado de estambres de colores como si de una corona se tratara, con una especie de jorongo pequeño bordado también de colores y todas vestidas de blanco, con lo que los colores lucían intensamente, también usaban unos guaraches de duras suelas. Le llamó la atención sus piernas, le recordaron a las de Efrén, aunque ellas tenían la cara más flaca y no redonda y regordeta como la de Efrén.

Enrique, que era callado y prudente, no pudo aguantar y le preguntó a Justina: «¿Quiénes son?» Justina, que era la jefa de dependientes, le contestó: «Son huastecas, aunque también las llaman Tének y viven cerca de aquí. Les dicen cuitolas, que, en su idioma, quiere decir muchacha», remató.

Justina era una mujer que rondaba los cincuenta años; había llegado del estado de Hidalgo, usaba unas blusas casi cerradas hasta el cuello, zapatos de suela baja y también cerrados, falda debajo de la rodilla y medias de popotillo, que, aunque ahí hacía mucho calor, ella no se quitaba. No se pintaba la cara, aunque sí la boca de color carmesí. A Enrique le recordaba unas monjas que daban clase en un colegio en la avenida Hidalgo, en San Luis, y que veía caminar en grupo o de dos en dos cerca de los tostadores de café.

Después, vio pasar a un grupo de marineros que acaban de desembarcar de un buque que venía de Nuevo Orleans, según escuchó a un cliente. Iban desaforados riendo y en la mano llevaban una botella de Borbón, según alcanzó a leer y

escuchó que iban a una mentada zona. Enrique pensó emocionadamente: «Toda la vida pasa a través de esta calle».

Dieron las ocho y aunque él quería seguir trabajando, Justina le pidió que ya cerrara esos libros y que se fuera a descansar. Se quitó un delantal que todos usaban en la castellana y salió a buscar a Jesús a la plaza donde habían quedado.

Cuando Enrique llegó, Jesús ya estaba sentado ahí en una banca. Le preguntó Enrique que cómo le había ido.

—No encontré a Antonio porque fue a comprar una cosecha de tomate a un lugar que me dijeron se llamaba Chamac, pero mañana regresa.

Para esto, en lo que Jesús llamó la babilonia Huasteca y que se manifestaba con mayor intensidad en la plaza de armas, en su quiosco sonaron unos tambores que anunciaban un danzón, lo que a Jesús le hizo recordar la hora de Agustín Lara, que escuchaba por las noches, en un pequeño radio de pilas y que, muy a su pesar, se le había descompuesto y no pudo llevar con él.

Mientras sonaba el danzón, Jesús levantó la mirada y vio unas mujeres que estaban en una banca casi frente a ellos. Jesús se acomodó el sombrero y se dispuso a ir a sacar a una de ellas.

—¿Qué vas a hacer? —le dijo Enrique.

—Hazte a un lado —le contestó.

Se dirigió a la chica con un caminar que reflejaba seguridad y estilo.

—¿Quieres bailar?

La mujer, de ojos negros, pelo chino y curvas prominentes, le contestó:

—¿Sabe bailar?

—Yo bailo en un tabique y me sobra terreno.

A la chica le dio risa y salió a bailar. Jesús, con maestría y elegancia, bailó por toda la plaza. La brisa de la noche le pegaba en la cara y el viejo se sintió más joven que cuando era joven.

Terminó la pieza y Jesús le dio las gracias, no sin antes decirle que él iba todas las noches por ahí, aunque era la primera vez que estaba y ni siquiera sabía que había danzón.

Llegó con Enrique y le dijo:

–¿Cómo viste a la morena con la que bailé?

–Te va a romper la columna de tanto queiebro.

Se sentó Jesús y platicaron de muchas cosas hasta la media noche; después, se fueron caminando hasta la bodega, donde les habían dejado la posibilidad de entrar por una puerta pequeña que había en un pasillo.

Durmieron ese día llenos de pensamientos sobre lo que podía pasar. Al siguiente día se levantó Jesús muy temprano y se fue a buscar a Antonio. Se sentó en una escollera ubicada cerca de la tienda, a la que apreció que se llamara las Nueve Esquinas. Unos minutos más tarde vio a un hombre alto, fuerte, que levantaba la cortina de acero. Rondaba según pudo apreciar Jesús, los 40 años. Atrás de él una mujer robusta le ayudaba con un gancho a subir la cortina de metal.

Esperó a que abrieran y se fue incorporando mucha gente al interior de las nueve esquinas. Cuando ya vio que estaban todos en sus puestos, se acercó. Jesús llevaba, ese día, un pantalón que no se usaba en la región, ya que era de rayas hecho con la lana de borrego de los que se hacen en el altiplano para sus noches frías, también llevaba una camisa que tenía unos tarugos en las bolsas, tipo las que usan los caporales de las ganaderías bravas de la zona de Huichapan; además llevaba su sombrero de charro de media ala, que, aunque ya estaba viejo, se veía que había sido de los buenos.

La mujer de Antonio, que era una gran matriarca lo vio venir, se le quedó viendo y le recordó a su padre en sus caminados y en su forma de vestir, incluso en la forma en que acomodaba la cabeza al caminar. De repente, se le vino a cuentas todo su pasado y sus recuerdos. Jesús le dio a la mujer los buenos días y se presentó:

– Soy Jesús Michel y quiero ver a Antonio, que le traigo un recado de Benito, el que acarrea cantera y que es de Pinos.

–Un segundo –le contestó la mujer.

Cuando llegó Antonio, un hombre en plenitud, y vio a Jesús ya de bajada, le preguntó:

–¿En qué le puedo ayudar?

–Voy llegando a estas tierras en busca de oportunidades y Benito me dijo que viniera a buscarte a ver si había algún trabajo.

Antonio, que era un zorro astuto, se le quedó mirando.

–Y, ¿cómo de qué quiere trabajar?

–Sé manejar desde camiones hasta tractores y conozco bien de vehículos de diésel.

–Tengo unas rutas de ventas por toda la región Huasteca, pero ahora tengo completo a los vendedores, me va a disculpar, pero si hay alguna oportunidad, yo le aviso.

Jesús entendió ese «yo le aviso» como un no. Ya por despedirse, salió de la trastienda la mujer de Antonio, la cual escuchó Jesús que le llamaban Aurora. Antonio le preguntó:

–¿Qué pasó?

–Fíjate que necesitamos de alguien que nos ayude a mover una tierra y ya tiene días que le digo a Nacho que me la traiga y nomás se hace guaje –le dijo Aurora.

Antonio, de manera más o menos discreta, la separó de la conversación y le expresó en voz baja:

—¿No ves que este señor ya está viejo?

—¡Por eso! Este señor ni modo que se te vaya, como los últimos dos que se te fueron hasta con los viáticos. Deberías darle una oportunidad y ya si no te funciona le dices que se acabó el trabajo.

Antonio se fue en silencio y regresó con Jesús:

—Véngase mañana para ver si se avienta un movimiento de tierra.

—¡A jalar! —clamó Jesús.

Salió con su sombrero en las manos, pues, aunque vanidoso, siempre fue respetuoso. Sintió en su calva que sudaba de los nervios y, al salir, se le refrescó con el viento cercano a las escolleras. Se dirigió a la Castellana para avisarle a Enrique lo que había pasado y para pedirle que se vieran en el mismo lugar de la noche anterior.

Llegó Jesús antes de las ocho a la misma banca que estaba frente al quiosco y desde donde podía ver de manera estratégica a los músicos. Momentos después, llegó Enrique, que seguía emocionado con el movimiento de la gente y veía las olas de personas que iban y venían por la babilonia Huasteca.

Cuando se sentó Enrique en la banca convenida, empezó a sonar un violín de manera tan intensa que pararon de platicar para escuchar lo que estaba pasando. Alcanzaron a ver al del violín y a otros dos hombres, uno con una guitarra un poco más grande y gorda que las normales, pero el que más les llamó la atención fue un hombre que traía una guitarrita y que se la ponía en el hombro y le rascaba con mucha intensidad cantando versos que los lugareños les llaman huapangos.

De repente, vieron pararse de otra banca a un viejo que portaba una camisa blanca inmaculada, con un pantalón color café y unos botines de color rojo ladrillo. Se puso las manos

en la espalda y, mientras sonaba el violín y trovaban los cantadores, el hombre movía sus pies de manera cadenciosa de izquierda a derecha frente a la mujer con la que entabló el baile; pero, en cuanto el hombre de la guitarrita la hacía sonar de manera intensa, el hombre del botín color ladrillo, empezaba a pegarle al suelo con el tacón de sus botines.

Se dieron cuenta de que la música de la región era alegre y que, a diferencia de otras que hablan de penas y desventuras, las que escucharon esa noche hablaban más de lo que pasaba en el campo. Muchas de ellas eran metáforas que comparaban el comportamiento de los hombres con el que sucedía con los animales y las cuales no distaban mucho de la realidad humana.

Terminando de ver esa novedad, Jesús le dijo a Enrique:

—Ya tengo trabajo. No sé cómo me vaya a ir ni lo que vaya a hacer, pero no me rajé y mañana quedé de estar en las Nueve Esquinas a las 7:00 de la mañana, así que vámonos temprano, que tengo que madrugar.

Se levantó Jesús que para ese día ya tenían dos catres que Justina les había conseguido; se fajó su pantalón, se puso su sombrero y se fue. Cuando llegó ya lo estaba esperando un hombre de nombre Cleto, que Antonio había mandado en su representación y el cual estaba frente a un camión Ford 1942, con dos palas en sus manos. Cuando vio las dos palas, a Jesús ya no le gustó la cosa. Se subieron al camión y Jesús le pidió le dirigiera al lugar de donde había que trasladar la tierra. Cleto le contestó: —Es rumbo a Rodríguez, que es camino al Bernal, y le fue dirigiendo. Manejó por alrededor de 40 minutos cuando llegaron al lugar donde los aguardaban dos montones grandes de tierra. Cuando Jesús los vio, murmuró: «¡En la Madre!»

Cleto se bajó y orientó las maniobras del camión para que

quedara cerca de los montones y batallar lo menos posible para subir la tierra. Una vez acomodado el camión, se bajó Jesús y Cleto le dijo:

–Su pala la dejé detrás del asiento.

Jesús fue por ella y empezó a dar los primeros palazos. En el primero, sintió lo pesado de esa tierra negra que, además, estaba húmeda.

Jesús sintió que se le bajaba la presión. El calor de la zona a la cual él no estaba acostumbrado y la intensidad de la humedad empezó a nublarle la vista y le dio una fuerte náusea en la boca del estómago. Cleto empezó a notar que la cosa no andaba bien, porque vio que bajó la intensidad de las paladas.

Cuando volteó y observó al viejo Jesús con la pala entres sus piernas y sosteniéndose sobre ella, le preguntó:

–¿Le pasa algo?

–Me está cargando la chingada –contestó Jesús. Cleto corrió y lo acostó en un mango que estaba cerca–. Si me pasa algo, ve a la Castellana y pregunta por Enrique Ordaz –pidió.

Seguía sudando y, de entre sus ropas, sacó aquel rosario que había comprado en Lagos.

–Si muero me voy en paz, ya que me la jugué, encuerado llegué y encuerado me voy. Estoy tablas, así es el racero de la vida. Dios, si me das otro sorbo de vida, te prometo hacer grandes cosas.

Mientras esto decía, Cleto corrió al camión a traer una cantinflora con agua que le echó en la nuca y en la cara, con lo que Jesús se fue recuperando poco a poco.

–¡Ay cabrón!, sentí muy feo –se rió.

Cleto le dijo:

–Déjeme subir lo que nos falta de tierra en lo que usted se repone, ya que yo no sé manejar.

Terminó de subir la tierra y Jesús montó en el camión. Abrió su ventanilla, sacó el codo y, fumándose un cigarro, se fue disfrutando el atardecer de una manera distinta.

Cuando llegaron a la casa de Antonio, Jesús llevaba algo de temor, pues si sabían lo ocurrido, lo despedirían. Le pidió a Cleto que no comentara nada de lo sucedido.

–No se preocupe, no voy a decir nada.

Cuando llegaron, empezaron a bajar la tierra. Aurora, que era muy prudente y veía que Jesús apenas podía con la pala, sujetó del brazo a Cleto y lo llevó a una pequeña bodega. Su sonrisa desarmó a Cleto:

–¿Cómo les fue?

Cleto no resistió y le confesó todo.

Jesús, que presintió la debilidad de Cleto y la fuerza persuasiva de Aurora, le confesó lo que había pasado:

–Yo ya no estoy para estos trotes –se le quebró la voz.

Al final, había sido un día intenso para Jesús y, como él mismo decía, con el tiempo uno se vuelve niño nuevamente, y ese día sintió el primer aviso.

Aurora, que desde que lo vio le recordó a su padre, le expresó:

–No te preocupes, diantre Jesús, que tú aún eres un muchacho lleno de vida. Ya mañana será otro día y vemos en qué nos ayudas.

Jesús le cuestionó:

–¿y Antonio?

–A ese yo lo toreo –y soltó una carcajada llena de complicidad.

CAPÍTULO V

LA VIDA EN LA HUAXTECA

Pasaron los días y, tanto Enrique como Jesús, ya estaban instalados en la Babilonia Huasteca. Los dos rentaron unos cuartos en una casa de asistencia que regenteaba una viuda llamada Domila, pero que era más conocida como Domilita, cuyo esposo había sido militar de alta graduación en la división del noreste con Pablo González; sin embargo, las vueltas de la revolución la dejaron sin esposo y sin dinero. Ella constantemente decía, la Revolución no fue una revolución, sino una revancha.

Domilita era una mujer de buenas maneras, aunque con necesidad. En su casa lo mismo daba asistencia a Enrique y a Jesús, que a jóvenes técnicos que trabajaban en la compañía petrolera del estado y que duraban largas temporadas por esas tierras.

Enrique ya estaba encarrilado en su trabajo como tenedor de libros en la Castellana, mientras que Jesús daba tumbos a la sombra de Aurora, la que muchas veces le inventaba actividades, ya que veía que Jesús se le desesperaba y Antonio revisaba que ayudara en la tienda.

Los dos ganaban para pagar su asistencia mensual y les quedaba para ahorrar un poco y tomarse los fines de semana unas cervezas, que por aquellas regiones se toman en botellas pequeñas, ya que dicen los lugareños que la de tamaño normal se les calientan.

Una mañana llegaron a las Nueve Esquinas un grupo de ingleses que también asesoraban a la compañía petrolera estatal, apenas hablaban español, al ser buenos clientes, ya que eran muy buenos pagadores, los atendía Antonio directamente. Sin embargo, ese día Antonio no alcanzaba a entender lo que le pedían, por lo que Jesús, empezó a servir como traductor. Le ayudó a levantar el pedido que debían de surtir, en un pueblo cercano llamado Ébano. Al ver que se había entendido muy bien con los ingleses, Antonio le dijo:

—El sábado te vas en «la cuatro vientos», que era una camioneta que apenas tenía el vidrio de enfrente, a entregarles su pedido. Jesús se sintió útil y, sobre todo, feliz porque regresaría a la libertad de los caminos y las brechas.

Cuando llegó el sábado, Jesús se sentía motivado de regresar a la libertad, ya que esta vez no lo acompañaría nadie. Antonio, que era un hombre duro, le dio las instrucciones de cuánto le deberían de pagar y por dónde se debería ir. Cuando se prendió «la cuatro vientos», Aurora escuchó desde su casa, que estaba en la parte trasera de la tienda, donde cargaban las mercancías que vendían al mayoreo. Le preguntó:

—¿Ya desayunaste, Jesús?

—En el camino ya veo qué almuerzo.

Aurora le reviró:

—Espérame un momento —y le gritó a Ana, una de sus ayudantes de la cocina—: prepárame un lonche y tráemelo.

Minutos después, salió Ana con una bolsita, donde venían unos tamales recalentados y una pequeña garrafa con un mecate en la punta y llena de agua fresca.

Se despidió Aurora diciéndole:

—Que Dios te ayude, Jesús.

—Dios por delante —le contestó y se fue.

Agarró la carretera y fue viendo los pastizales que hay en octubre, ya que es la mejor temporada del año, porque normalmente los huracanes y ciclones ya pasaron y las lluvias de septiembre dejan los campos muy verdes. Con su codo encima de la puerta de «La cuatro vientos», fue cruzando pueblos y ranchos.

Primero pasó por un rancho donde había un grupo de hombres y mujeres vestidos como si del siglo XIX se tratara. Llevaban un overol y un sombrero ancho, mientras que las mujeres llevaban un pañuelo amarrado en la cabeza y faldas muy largas. Lo que más le causó gracia eran los niños, vestidos como los padres y la mayor parte pecosos. Vio cómo aún usaban unos tractores con ruedas de acero; algunos jalaban sus arados con bueyes, aunque también le llamó la atención el orden de ese rancho por donde pasó. Después, le dijeron que eran un grupo que le llamaban menonitas.

Siguió su camino y pasó por un pueblo que le llaman Rodríguez. Ahí pudo ver unos grandes sembradíos de sorgo y que las espigas de color rojo estaban a punto de ser trilladas, lo que daba un espectáculo muy singular con el sol que las tostaba. También vio que sembraban, cebolla, tomate, así como sábila. Se paró en los Rodríguez a cargar gasolina, ahí escuchó nuevamente los acentos de varias regiones, donde alcanzó a percibir la de unos michoacanos que estaban trabajando en el trazo de una nueva carretera. Siguió su camino hasta llegar a Ébano y preguntó por la colonia de los ingleses, de la cual le dieron rápidamente razón.

En este pueblo huasteco potosino, que fue donde se descubrió el primer pozo petrolero en México, aún se respiraba en algunas construcciones el pasado de la compañía inglesa, «El Águila», que había regentado los pozos de la región.

Llegó a la colonia de los ingleses y les anunció que llevaba el pedido de las Nueve Esquinas, a nombre del señor Albert Adams. Descargó el pedido, que no era tan pesado, y le preguntó si no se le ofrecía algo más. El inglés asintió y le levantó un nuevo pedido. Ya por subirse a la camioneta, Albert, le habló a Jesús: «Take this money». Jesús, en silencio, lo echó en la bolsa derecha de su camisa de manga corta comprada a unos árabes a tres quincenas.

Para Jesús había sido viaje redondo, ya que había regresado con un pedido nuevo y con propina. Llegó ya al pardear y se dirigió a dar el informe. Antonio, le preguntó:

—¿Cómo te fue?

—A todo dar. Me pidieron más cosas para el siguiente sábado.

—Muy bien, aquí está tu semana. Guarda la camioneta y nos vemos el lunes.

Jesús guardó la camioneta. Aurora tenía pendiente por el viejo Jesús. Se asomó desde su ventana y vio que venía completo e, incluso, que bajaba una pequeña bolsa con unas naranjas y quesos.

Ya era sábado y Jesús le dijo a Enrique:

—Tengo sed, pero de la mala —y lo invitó a tomarse uno de esos cuartitos de cerveza que tanto les gustaba a los huastecos. Se fueron a una cantina que estaba cerca de la Aduana y se sentaron en una mesa. De repente, vieron entrar a un hombre alto, medio güero y de barriga prominente con unas patillas que le llegaban a la mejilla, de sombrero norteño, bota texana, pantalón doblado y hebilla con iniciales, de las cuales alcanzaron a distinguir la AVB.

Cuando lo vio entrar, un mesero de inmediato se acercó:

—Por acá, Don Alberto.

Le llevó a una mesa retirada de la rocola y, minutos después, una cubetita con varias cervezas llena de hielo de barra picado y un pequeño caldo de mariscos. Empezó a tomar, pero, desde que llegó, comenzó hablar muy fuerte y con un acento muy golpeado.

A Enrique y Jesús les sonó fuerte su risa y sus palabras, ya que ellos estaban acostumbrados a hablar más quedo, pero siguió la noche y las botellas de cerveza de cuartito corrían de un lado para otro. Le preguntaron al mesero que quién era el hombre de la hebilla y él les comentó que un ganadero del norte, que tenía un rancho cerca de los Rodríguez.

A la mesa del hombre de la hebilla se incorporaron dos hombres de las mismas características, que también empezaron a hablar muy fuerte. Enrique le dijo a Jesús:

—Estos cabrones ya me tienen fastidiado de tanto grito y se les quedó viendo.

En eso, uno de los compañeros del norteño les preguntó:

—¿Qué le cala mi amigo?

Enrique, que era hombre tranquilo, pero que no se dejaba, les contestó:

—La pinche risa.

Se paró el hombre y se vino a la mesa con una botella en la mano, dirigiéndose a Enrique, pero antes de que llegara, Enrique le dio un cubetazo y se armó la trifulca. Para pronto, se paró el hombre de la hebilla y su acompañante. Mientras Enrique y el norteño estaban entrelazados en el piso, a Jesús le quedó cerca un cajón de bolear que le estaba dando servicio a un cliente, lo agarró y sin mediar palabra, se lo rompió en la cabeza al hombre de la hebilla.

Para cuando se recuperó, ya todo era caos en la cantina, un hombre que vendía lotería se había incorporado a la pelea

sin tener bando, así como los meseros que trataban de separar a los clientes. Cuando menos acordaron, Jesús ya había arengado a un grupo de marineros que estaban ahí. Enrique y Jesús se salieron por una ventana que tenía el baño y de ahí se encaminaron a su casa de asistencia. La pelea se resolvió con heridas en ambos bandos, pero nada que no pudiera curarse con el mismo hielo de las cubetas.

La trifulca llegó a los oídos de Antonio que, saliendo de misa, se dirigió a Aurora:

–Te dije, ese viejo es muy mañoso.

Aurora se quedó callada y siguió caminando. Ya para llegar a la casa, le dijo:

–Antonio, quién sabe qué habrá pasado, cuántas veces no te peleaste tú cuando éramos novios y siempre me decías, que la culpa había sido del otro. Antonio guardó silencio.

Al día siguiente, llegó Jesús con Antonio, saludándole. Jesús había salido casi ileso, pero traía unos raspones en la cara.

–¿Qué te pasó?

–Una desavenencia, pero no pasó a mayores.

Antonio lo quiso intimidar con la mirada, pero el viejo zorro se la sostuvo sin inmutarse. Ese día, Antonio le pidió:

–Ponte a descargar esas rejas de tomate que van llegando de Chamac. Jesús, sin perder su estilo, se fue a la camioneta y empezó a bajar las rejas. A las primeras diez que bajó, transpiraba por todo el cuerpo las cervezas del sábado y sentía que las piernas le temblaban, pero no podía rajarse, ya que Antonio andaba por ahí.

Sacó fuerza de no sé de dónde, pero ya llevaba la mitad de la camioneta. Aurora, que había estado en el mostrador buena parte de la mañana, fue caminando a la casa a ver cómo iban los preparativos de la comida, cuando vio



al viejo Jesús, sudando, colorado y con el sombrero todo chueco. Aurora, que conocía bien a Antonio ya sabía por qué lo había hecho. Enojada le dijo a su amiga Socorro, que la acompañaba ese día:

–Va a ver ese viejo petacón –refiriéndose a Antonio.

Fue en rescate de Jesús y, ordenándole a Cleto que andaba por ahí, le pidió ayuda a Jesús para terminar de bajar esas cajas. Terminaron en torno de las doce y Jesús fue a refugiarse debajo de un almendro, en una banca que tenían a las afueras de la cocina. Aurora le pidió a Ana que le llevara un vaso de agua de guayaba.

Aurora, como mujer sabia, la dejó pasar ese día, pero se la tenía guardada. Antonio era un buen hombre de trabajo, había llegado a la región en los años treinta después del huracán que destruyó la ciudad y ayudó a reconstruirla. Era un hombre católico, lo respetaban por su trabajo y honradez. Sin embargo, Aurora, en la intimidación le decía que era un fariseo para hacerlo enojar, pero Antonio era de esos hombres que hacían comunidad a través de sus actos.

Mientras Jesús se tomaba su agua de guayaba, se acercó Aurora:

–¿Te gustó ir a Ébano?

Jesús le dijo que había sido algo muy valioso, que lo hizo sentir bien y que en un día había visto tantas cosas y personas distintas.

–La semana que entra vas a ir a Chamac, así que, si te gustó Ébano, Chamac te va a encantar. Le llaman «la tierra prometida», y de eso yo me encargo –prometió la matriarca, que, sin serlo, lo era.

Trascurrieron los días, Aurora tenía rumores de que Antonio había tenido un amorío con una mujer que vivía del

otro lado del Pánuco. Nunca le dijo nada, pero esa semana que fueron a unas pláticas que daban en su parroquia y en la cual el presbítero le habló de la belleza del libro de El cantar de los cantares y del amor de las parejas que Dios une, Antonio estuvo asintiendo con la cabeza de manera visible toda la plática. Por su parte, Aurora escuchaba con atención, estructurando minuciosamente lo que le diría a Antonio.

Como todos los días que iban a la parroquia, se fueron caminando de regreso a la casa. Cuando faltaban unas tres cuadras para llegar, Aurora le habló de manera abstracta e impersonal a Antonio sobre lo que pudiera pasar en su casa, si un día había una traición que pusiera en riesgo la familia y terminó diciéndole, maldito el hombre que deja a la familia por una mulata. Aurora nunca supo si era cierto lo de la mulata del Pánuco y nunca más volvió a tocar el tema, pero como si de un acuerdo tácito se tratara, desde ese día, también Antonio dejó de molestar a Jesús.

CAPÍTULO VI

DE LA VITALIDAD DE LA VIDA Y LA MUERTE

Al contrario que Jesús, Enrique cada vez tenía más peso en la administración de la Castellana, ya que el joven español se dio cuenta de su honestidad y disciplina para el trabajo. Enrique no platicaba mucho; a Enrique lo que le gustaba era ver pasar la gente frente a La castellana.

Veía salir a los agricultores de la región, en unas camionetas llenas con costales de fertilizante y con unos tanques en la parte de atrás, donde trasportaban el diésel y aceite para sus tractores. Veía salir temprano a los pescadores que, ya para las 11, venían de regreso con sus redes y cubetas llenas de jaibas y camarones. Había un pescador que especialmente le llamaba la atención. Era un hombre de mediana edad que usaba el pelo y la barba larga y descuidada.

A diferencia de los demás, este, después de llevar su carga al mercado, se sentaba en unos arcos que estaban frente a La castellana y ahí escribía pequeños versos que después vendía en una cartulina dura, con pequeñas conchas de mar que él mismo juntaba y pegaba. Enrique observaba que este pescador, ya como a las 6 de la tarde, sacaba una pequeña botella de caña y, ya como a las 8, él mismo empezaba a recitar lo que había escrito ese día, como si también se tratara de la pesca del día.

Enrique, ya para cerrar, dejaba su pequeño escritorio y se ponía en el mostrador para escuchar los versos que el pescador recitaba. Justina le dijo que le mentaban Juan El loco, y que se

rumoraba que había sido abandonado por una bailarina que había vivido a finales de los treinta en la región, pero que un día, su compañía se fue y con esta la ilusión de Juan El loco. Desde entonces, todas las tardes componía y recitaba sus poemas en esos portales de la ciudad; le sorprendía y en el fondo le gustaba la melancolía de los poemas de aquel loco.

Había otro hombre que era parte del paisaje que pasaba por La Castellana. Se trataba de un hombre que llevaba a cuesta una mesa plegable, la cual ponía del otro lado de los portales, después sacaba tres vasos y una pequeña pelota y gritaba ¿dónde quedo la bolita? Retaba a los paseantes a adivinar dónde había quedado la pelotita en los vasos que movía con arte, destreza y rapidez, que como él mismo decía, mis manos son más rápidas que la vista. Sin embargo, Enrique también veía que siempre jugaba un individuo que su vista sí era más rápida que la de las manos del hombre de las pelotitas y que, a diferencia de los demás, este sí le podía ganar, con lo que alentaba la codicia de los demás mirones hasta hacerlos apostar y perder. Con el tiempo, Enrique también se dio cuenta de que, al terminar la jornada, esos dos hombres siempre se iban juntos.

Había otro hombre que vestía de manta blanca, tenía una escasa barba que apenas se le veía, vendía todo tipo de brebajes para cualquier enfermedad que pudiera existir. Él se autoproclamaba el «gran brujo Beto Ramón». Era un hombre que tenía un magnetismo que hacía que la gente se creyera lo que les decía. Él no solo les prometía amor eterno, sino algo aún más difícil, el regreso del ser amado, con solo rezar unas plegarias que él mismo les entregaba, acompañadas de un frasquito con un aceite que había que untarse en la frente y en las sienes durante un mes y que olía a alcohol alcanforado.

Además de disfrutar este espectáculo surrealista que veía y se recreaba todos los días, el punto estratégico que tenía Enrique en la tienda le permitió tejer una red de conocidos que después le ayudarían. Enrique le decía a Justina: « que se cuide de sus enemigos quien no tenga amigos».

Le agradaba ver a los niños que por las mañanas iban a la escuela con sus madres, acompañados del grito, «Córrele muchacho que vamos a llegar tarde». Veía especialmente un chiquillo prietillo, pelo chino con pantalón corto de color azul marino, blusa blanca y medias largas, zapatos viejos y mal boleados. Siempre iba alegando con su mamá. Un día, Enrique vio que ya no alegaba, iba callado, triste y cabizbajo. La madre lo animaba. A los días dejó de pasar. Después, Enrique vio a la madre y le preguntó por el niño. La madre le confió que había muerto de hepatitis. Enrique se sintió triste, aunque nunca habló con él, pero le gustaba escuchar el rejuego que causaba con su madre aquel chiquillo prietillo. Se dio cuenta de que por esa calle pasaba toda la intensidad de la vida, pero también la muerte.

Enrique fue cambiando su carácter de melancólico y callado a uno más abierto y menos reservado. Ahí tejió amistad con los hombres más ricos de la ciudad, que iban a comprar vinos y viandas de ultramar. También conoció a las hijas y esposas de ellos, con lo que se empezó a esmerar en su trato. Incluso empezó a vestirse con unas guayaberas que él mismo planchaba y que le gustaba estuvieran siempre immaculadas. Cambió sus viejos botines por unos zapatos picudos de agujetas tipo italiano de color café. La madre de Enrique lo había enseñado a ser educado, por lo cual tenía buenas maneras. Este recordaba lo que le decía su madre: «Aunque sus zapatos y su ropa estén viejos, siempre debe de andar bien boleado y bien planchado».

Un medio día llegó un joven con una cámara que le colgaba en el pecho, preguntando por un whiskey muy especial y que no lo tenían. Ese día, Justina no estaba. El joven se acercó a Enrique y éste le preguntó:

—¿Qué busca?

—Ando buscando un whiskey de doble malta para un grupo de amigos que vienen de Estados Unidos.

Enrique se disculpó.

—No lo tenemos, pero si nos dices cuál es lo pedimos y nos debe de llegar para cuando tus amigos ya anden por aquí. ¿Cuándo llegan? El joven le contestó:

—De este sábado al otro.

—No le veo problema.

—Perfecto —le contestó el joven de la cámara y le dejó un adelanto.

—¿A qué nombre lo apunto —pregunto Enrique?

—Soy Plutarco Gastelum, a ese nombre.

El joven castellano, todas las noches hacia el corte de caja con Enrique, a quien le comentó que tenía la intención de abrir otra tienda en la Ciudad de México y que estaría yendo y viniendo a la capital. Al castellano le daba tranquilidad la edad y serenidad de Enrique, por lo cual decidió nombrarlo encargado en lo que él iniciaba su nueva tienda en la capital. Enrique le dijo:

—Domingo, no te preocupes por las cuentas que aquí las vamos a tener muy claras.

Dejó su escritorio y se mudó a una pequeña oficina, pero a él le gustaba estar más en el mostrador de la tienda. Desde ahí pudo estar en contacto no solo con la administración, sino con las personas que pasaban a diario por La castellana.

En la noche de ese día, fue a su encuentro con su amigo

Jesús, al centro de la Babilonia, como todas las noches. Ahí, cuando no había danzón había huapango. Ese día tocó danzón, al ritmo de Nereidas. Enrique le platicó a Jesús lo que le había pasado, a lo que le dijo Jesús:

—Ahora ya somo ricos.

—Me subieron un poco el sueldo, no creas que mucho, pero con eso podemos vivir.

—¿Tu cómo vas? —le preguntó Enrique.

—De este sábado al otro voy a ir a una población que según la patrona es «la tierra prometida», se llama Chamac. Estuve preguntando qué había ahí y un trabajador de la tienda me explicó que es una población de texanos autorizada a inicios del siglo por Porfirio Díaz, pero, con la Revolución, muchos se regresaron a Estados Unidos y ahora nuevamente están viniendo los hijos de los originarios colonos a reclamar sus tierras. También hay muchos norteros que vienen en busca del auge del tomate y la caña, según me dijeron, ahí está todo por hacer.

Se terminó la música y se fueron con Domilita que cerraba la cocina a las 8, pero que siempre les dejaba unas piezas de pan, que con la humedad se hacían correosas, pero no les importaba.

Pasaron los días y Enrique siguió su actividad en una constante coordinación con Justina. En esos días, también les llegó el whiskey que les había pedido el joven de la cámara, el cual una vez que llegó se dieron cuenta de que era una bebida muy cara. El sábado convenido, entró Plutarco a la tienda, pero esta vez iba acompañado de tres personas que se quedaron cerca de la puerta de entrada.

Enrique volteó y le llamó la atención uno de los acompañantes de aproximadamente cuarenta años, de barba y pelo

largo bien cuidado; también le acompañaba una señorita de muy fina estampa que, por sus piernas, brazos, cuello y su delicada delgadez parecía bailarina. Con ellos también estaba otra mujer de cara muy blanca, cejas negras, su pelo era liso y negro, el cual sobresalía de una boina negra que ella traía puesta. Iba ataviada con un vestido blanco entallado que le hacía ver sus caderas bien moldeadas y su delgada cintura; la blusa hacía lucir sus hombros con pecas y un lunar que, discretamente, se alcanzaba a ver en su hombro derecho. También llevaba puestas unas zapatillas que hacían que sus chamorros lucieran cuando ella caminaba. Enrique la vio y sintió en su pecho fuego y le sudaron las manos de manera incontrolable.

A Enrique le llamó la atención de esas personas que, siguiendo la definición de su mamá, eran muy distinguidas, a lo cual se atrevió a preguntar a Plutarco qué andaban haciendo por la región.

—Andamos buscando una zona donde podamos sembrar orquídeas. Estamos trabajando en un lugar que está en las mediaciones entre Valles y Tamazunchale. Se llama Xilitla. Esperamos haya suerte, los señores son mis socios.

—Pues les deseo lo mejor —respondió Enrique. Aquí está la botella y si necesitas cualquier cosa, mándame avisar y te la consigo.

—¿Está muy lejos de aquí esa Xilitla?

—Más o menos. Yo allá vivo, cuando quieras, allá esta tu casa.

Se le quedó viendo a la mujer de la boina negra con quien cruzó miradas por unos instantes. Enrique, con sus manos, se planchó la guayabera y, de manera elegante, se inclinó frente a la chica como si de una reverencia se tratara, la cual también bajó ligeramente la cabeza y se rió.

Al salir los clientes, le preguntó a Justina, que casi sabía todo, incluso las complicadas ciencias del amor, que quiénes eran. Ella le comentó:

—El joven de la cámara es un fotógrafo que ya tiene tiempo tomando fotos por aquí y el hombre de la barba, dicen que es un hombre muy rico de Estados Unidos; otros dicen que es hijo de un aristócrata inglés. La chica delgada es una bailarina y la mujer de la boina es una catalana que conoció por un pintor amigo suyo y le dicen la anarquista, aunque no sé a qué se refieran con eso.

Enrique volvió a sentir ese sudor de manos y esa fuerza en su pecho. A sus años volvió a suspirar. A lo lejos quedaba el recuerdo de su Ana María, pero ahora no dejaba de pensar en la chica de la boina.

Se marcharon, pero cuando Juan el loco, vio a la mujer de la fina estampa que los acompañaba, empezó a enloquecer y a gritar:

—¡María!, María!, ¡¡María ha regresado!!

Ese día, Juan no compuso poemas, se acurrucó en una columna de los arcos y solo se le escuchó sollozar.

CAPÍTULO VII

DE LA PRIMERA VUELTA A CHAMAC

Llegó el esperado sábado para Jesús. Una noche antes no pudo dormir pensando en que se encontraría en ese Chamac. Aunque tenía que salir a las 7 de la mañana, ya para las cinco estaba despierto y ya no tenía sueño. Se levantó y bajó a la cocina de Domilita. Él mismo se preparó un café en una vieja cafetera de peltre azul. Lo puso en su tasa, que estaba despostillada por el constado donde él sorbía su café, y que eso era lo que le gustaba.

Agarró su pieza correosa de pan y la empezó a sopear. Se vistió y se encaminó rumbo a las Nueve Esquinas. Llegó antes de las 7 para cargar el pedido que le estaban preparando y que tenía que llevar a un gringo de una tienda en ese lugar, donde revendía lo que les compraba.

Antonio le dijo:

—Llegando a la entrada del pueblo vas a ver una gran escultura que los lugareños llaman «el bulto». Te sigues derecho hasta llegar a la plaza. En la segunda esquina, vas a ver una tienda que se llama «Goldenland». Nadie la conoce por ese nombre, mejor pregunta por la tienda del gringo, no tiene pierde. El dueño se llama James Taylor.

Antes de salir a su misión, Aurora le pidió que le llevara un pastel a la esposa del gringo. Jesús lo puso en el asiento de enfrente, como si fuera la mercancía más valiosa, al final era un encargo de la patrona.

–Salúdame a Guadalupe y dile que es por el 12 de diciembre. También dile que, si ya no los veo, que les deseamos Feliz Navidad y un feliz 1947. Avísale que entrando el año en una vuelta que tenga Antonio me voy con él para verlos –pidió Aurora.

Esta vez, Jesús se fue en un pequeño camión de redilas que decía en sus puertas, «Nuestro vicio es el servicio» y más abajo anunciaba con letras rojas «Las Nueve Esquinas», propiedad de Antonio Delgadillo. Jesús se dirigió por el camino que ya conocía y desde donde se apreciaba el Cerro de Bernal; pasó Los Rodríguez y se fue lindando los límites entre San Luis Potosí y Tamaulipas. Conforme avanzaba, iba viendo cómo se cerraba la vegetación. Pasando Los Rodríguez, empezó a ver algunas de las cañas que él había definido como otates, aunque este paisaje se fue homogeneizado mientras se acercaba a una población que le llamaban El Mante.

De pronto, empezó a ver un gran tubo que emitía una humareda como si de una chimenea se tratara. También empezó a ver unos camiones llenos de caña quemada con unos hombres todos tiznados que iban arriba de la caña. Se fue acercando lleno de curiosidad para ver qué encontraría en esa población. Entró por la calle principal y cargó gasolina en una esquina de la plaza de armas. Se bajó del camión a estirar los pies; escuchó que el despachador oía en su radio la canción de Juan Charrasqueado y le preguntó:

–¿Cuánto falta para llegar a Chamac?

–Como una hora.

Retomó su camino y, al salir, vio unos grandes canales donde trasportaban agua desde donde se regaban los sembradíos de caña. Luego, pasó una pequeña sierra donde después

de pasar una curva muy cerrada y peligrosa, pudo apreciar el famoso valle del Chamac en todo su esplendor. Ahí estaba lo que Aurora llamó «la tierra prometida».

Bajó la sierra con mucho cuidado, ya que la fila de tractores que trasportaban gente a los sembradíos de tomate lo hacía muy lento. Por fin, llegó a lo que Antonio le había dicho que era «el bulto», llamado así por lo desfigurada de la escultura del presidente Juárez, según supo después. Ahí siguió derecho y entró hasta llegar a la plaza. Ya era después de mediodía y, como bien le habían dicho, no tuvo pierde. Alcanzó a ver a lo lejos la tienda, en la cual había muchas bancas donde los clientes se tomaban su refresco debajo de unos almendros y debajo de un gran árbol, que los lugareños llamaban orejón, por los frutos que parecen una gran oreja.

Jesús no perdía detalle de lo que veía. Cuando paró el camión, pudo observar una fusión de sangres y personas. En una de las bancas, estaban sentados un grupo de indios cherokees, que él alcanzó a distinguir por su tamaño, vestimenta y gran nariz; también vio a otro grupo de texanos que hablaban entre ellos; pero lo que más le llamó la atención fue ver la pareja de James y Lupe, que era la antítesis de la cultura sajona que le habían dicho que no se mezclaba con otras razas. En Chamac eso no existía, ahí los texanos se casaron con mexicanas y salió lo que los pobladores llamaban «media sangre». Una mezcla históricamente imposible entre sajones y mexicanos, algo que un siglo antes hubiera sido casi impensable. En Chamac se rompió el determinismo histórico.

Jesús llegó al mostrador y se presentó con James, que era un hombre un poco más grande que él; usaba tirantes pegados a su pantalón de mezclilla y a su camisa de cuadros. El hombre de los tirantes le dijo:

–Qué bueno que llegaste. Ya la gente empieza a venir a hacer su mandado de los sábados. Déjame te ayudo a descargar –remató. Mientras descargaban, Lupe se quedó al mando de la tienda, quien era apoyada por una dependienta negra que ella le decía «La prieta».

Lupe era una mujer michoacana que había llegado a la región acompañando a su padre, el cual arribó con su cazo de cobre, donde hacía carnitas de puerco típicas de su región y las vendían a los trabajadores que realizaban los nuevos caminos y carreteras en la zona de Chamac.

Por aquel entonces, Lupe ya tenía más de cincuenta años. Era una mujer morena no muy alta, de fuerte carácter, que cada que le gritaba a James, este le decía: «Take it easy». Lupe siempre vestía con unos vestidos que se abotonaban desde el borde de la falda hasta el pecho, con un amarre en la cintura, tenían manga corta para hacer frente a la fuerte humedad que ahí había. James, al contrario del carácter de Lupe, era un hombre muy bonachón y amable con la gente. Aunque ya sabía bien español, de vez en cuando entrelazaba palabras del inglés con el castellano.

Jesús le preguntó a James que de dónde era. Le contestó:

–Soy de cerca de San Antonio. Jesús conoció bien esa zona ya que había estudiado en el seminario de Medina, Texas. Al recordar la zona y hablar en el mismo idioma, se sintieron como si se conocieran de mucho tiempo.

Jesús tenía muchas preguntas para James. Primero, le preguntó que ahí qué se sembraba. A lo que le contestó, James: «Tomate».

También le cuestionó que cómo había llegado a la región.

–Mi padre llegó a finales del siglo pasado, pero luego inició la Revolución y prefirieron regresar a Texas, y le reitero,

mi padre se fue a la Primer Gran Guerra y ya no regresó. Mi madre me decía que había muerto en la batalla de Verdum. Antes de irse, él me hablaba de la región y yo prometí que cuando pudiera regresaría, desde entonces, recreo las pláticas que mi padre me hacía y todos los días lo recuerdo cuando veo los amaneceres de esta parte de la Huasteca.

Dieron las tres de la tarde y, de repente, Jesús vio un mar de gente que llegaba por las diversas calles de Chamac. Se trataban de todos los lugareños que venían a hacer su mandado de la semana. Primero, vio a una pareja que venía caminando del brazo. Ella, ataviada con un vestido sin mangas; él, vestido de guayabera blanca de manga corta y sombrero huasteco: los dos venían muy bañados y él con el bigote recién recortado, al estilo del Indio Fernández. Al llegar a la tienda, le dijo:

–Lola, mientras haces el mandado, yo voy a estar en el billar. Cuando regrese, nos vamos.

Luego llegó un convoy de familias de ranchos cercanos.

–Te tengo que dejar, pero puedes ir a comer al restaurante que está en la otra esquina mientras te preparo el pago. La que atiende ahí se llama Carla, dile que vas de mi parte y que lo cargue a mi cuenta – James le dijo a Jesús.

Cuando llegó al restaurante, se dio cuenta de que Carla era una mujer pelirroja de la que los que los lugareños llamaban media sangre; era alta, llena de vida y de pecho y caderas prominentes. Tenía su restaurante desde que su esposo se fue a Estados Unidos y ya no regresó. Al viejo Jesús le gustó desde que la vio. Observó en sus manos si traía anillo de casada; se dio cuenta de que no y, acto seguido, se acomodó el sombrero:

–Vengo de parte de James, el de la tienda, mi nombre es Jesús Michel.

En el arte de amores, Jesús sí era muy mañoso. Le pidió de comer unas enchiladas de ajonjolí, con cecina y queso fresco, acompañado de una cerveza de quartito. Durante la comida, estuvo ideando cómo acercarse a la mujer de los rizos rojos. Jesús, en un libro de Ovidio, había leído que había que hermostear a una mujer en su forma de vestir, por lo cual volteó a ver sobre qué podía versar su piropo. La mujer de rizos rojos llevaba puesta una diadema tejida de muchos colores, con la que sostenía su pelo.

—Esa diadema se parece a la que usaba la princesa Micomicona.

La mujer de los rizos no entendió lo que le decía. Pero Jesús la apantalló y logró lo que él quería, que se le quedaran grabadas esas palabras, su figura y el pretexto para regresar a desentrañar el acertijo.

Regresó Jesús con James por su pago en torno a las cinco de la tarde y ya a esa hora, la plaza era un hervidero de gente: camionetas del año, tractores nuevos iban y venían, los lugareños de entre sus bolsas sacaban grandes fajos de dinero e invitaban cerveza a quien se acercara.

—Eso era la Roma de Nerón —pensó Jesús por el dispendio de dinero.

Ya para ese entonces venía el hombre del bigote recortado zigzagueando de los billares donde también vendían cerveza y le dijo a la mujer:

—Vamos.

Él agarró las bolsas que pudo y se fue siguiendo a su mujer como si de un caballo cabestreado se tratara.

Jesús se despidió de James, no sin antes entregar el pastel que Aurora les había mandado, acompañado del recado. Se subió al camión de las Nueve Esquinas, prendió un cigarro,

sacó el codo del camión, pasó por el restaurante de la mujer que le gustó sonando dos veces la bocina, y levantando ligeramente el sombrero le gritó:

—¡Adiós, princesa!

Jesús sabía que regresaría muy pronto a ese valle.

CAPÍTULO VIII

EL HOMBRE DEL CIGARRO

Por primera vez en mucho tiempo, Enrique pasó las navidades y el fin del año fuera de su tierra. Inició el año cuarenta y siete y las primeras semanas de enero. Enrique empezó a ver gente distinta a la que él estaba acostumbrado a ver pasar por la Castellana.

Vio un grupo de personas que venían liderados por un hombre de alrededor de cuarenta años muy alto, el cual tenía el cuerpo como de boxeador de peso completo. Observaba cómo se paraba en una esquina y luego en la otra; se agachaba como viendo una pintura, se subía a una banca de cantera que estaba ahí y volvía a mirar. Luego, le pidió a uno de sus acompañantes que se pusiera del otro lado de los portales.

Enrique estaba intrigado de lo que estaba pasando. Le preguntó a Justina que si los conocía, a lo que ella contestó que nunca los había visto. Enrique sintió invadida la vitalidad de su cuadra. Salió al pasillo de la tienda y se acercó todo lo que pudo a través de los arcos para ver de qué se trataba. No alcanzó a investigar nada, solo que al hombre que tenía el cuerpo de boxeador le llamaban John.

Al día siguiente regresaron, pero ahora acompañados de un camión de donde empezaron a bajar grandes cámaras, rieles para mover un carrito y muchos cables que alimentaban energía desde una planta de luz, que también acomodaron cerca de los portales.

Esta vez, el hombre que parecía boxeador empezó a hacer tomas con las cámaras que bajaron, desde todos los ángulos de la plazoleta. Terminó y luego se sentó en una silla plegable, desde donde empezó a dar órdenes a los otros hombres que tomaron el mando de las cámaras. En esta ocasión, Enrique ya no pudo más y salió a hacer trabajo de campo para ver quiénes eran esos invasores de su espacio vital. Un ayudante de esos hombres, que resguardaban la escena, le relató que estaban realizando unas tomas para una película que grabarían ahí, en Tampico. Enrique le preguntó que, quién era el señor de la silla que está debajo del árbol.

–El ayudante –le contestó–. Es un director de cine de los Estados Unidos. Su nombre es John Huston.

Enrique se regresó pensativo, pasó el día y los hombres se fueron. Enrique, por la noche, en su reunión con Jesús, le platicó lo que había visto y este le preguntó:

–Oye, ¿y no había actrices güeras de las que salen en las películas?

–No –respondió.

Jesús, por su lado, le comentó:

–Fíjate que me gustó mucho el lugar a donde me mandaron hace unos días, pero, sobre todo, una mujer de rizos rojos que conocí en una fonda del lugar. Tengo la intención de regresar, ya sea con pedido de la tienda o yo por mi parte. Ya investigué y hay una corrida de camiones que sale todos los días por la mañana hasta El Mante y, ahí, se toma otro autobús hasta Chamac. ¿Cómo ves?, ¿me acompañas la próxima vez que vaya?

–Sí, pero avísame con tiempo para hablar con Domingo y pedirle el permiso. Yo a donde tengo ganas de ir es a donde me invitó Plutarco, que es un fotógrafo que vive en Xilitla,

pero, sobre todo, lo que quiero es volver a ver a la chica de la boina negra, que desde que la conocí no he dejado ni un día de pensar en ella.

–Bueno, pues el que tenga primero el viaje acompaña al otro –dijo Jesús.

–Cerrado –le contestó.

Pasaron los días con relativa tranquilidad por la Castellana, pero ya en el mes de febrero empezaron a llegar nuevamente un gran número de personas que invadieron la zona de los portales. Esta vez no solo realizaron el despliegue de la vez pasada, sino que ahora instalaron casas rodantes alrededor y ese día, por la tarde, en medio de un cierto sigilo, se acercó un hombre que no dejaba de fumar. El hombre del cigarro iba acompañado de dos personas más que no le dejaban solo. Ese mismo día se corrió el rumor que se trataba de Humphrey Bogard, protagonista de Casa Blanca, que rodaría una película en la ciudad.

Cuando supo esto, Enrique se emocionó, aunque él no había visto la película de Casa Blanca; pero, un día, vio un cartel en el cine Alameda de San Luis, donde aparecía Ingrid Bergman a un lado del hombre que él había visto con el cigarro en la mano y que, de primer momento, no supo reconocer.

Aquel hombre que estuvo por quitarse la vida sentía que ganaba algo de ella todos los días. Para alegrar aún más su existencia, supo que por ahí andaba su conocido Plutarco, ya que Justina le comentó que había ido a pedir más whiskey y unas botellas de vino tinto.

En torno a las dos de la tarde, Enrique se salió de la tienda y se apresuró a un restaurante de mariscos que él sabía que frecuentaban. Cuando entró, vio al grupo de personas y también vio a la chica de la boina negra. Se acercó a saludar a

Plutarco y se puso a la orden para lo que se ofreciera. Plutarco le contestó:

–Vente en la noche a esta dirección. Tráete tres botellas del mejor vodka que tengas, además del pedido que le hicimos a Justina y te quedas con nosotros. ¿Puedes?

Enrique, a quien no le gustaba salir de noche, al saber que estaría la chica, aceptó:

–¡Claro! ¡De mil amores! Ahí los veo.

Se apresuró a La castellana y sacó unas botellas que el joven castellano le había comprado a unos jóvenes polacos y que le había dicho eran muy buenas. Las guardó en una bolsa grande de papel marrón y se dirigió por la noche a la casa que estaba frente a una laguna que le llaman del Chairel.

La fiesta ya tenía horas que había iniciado, recibieron a Enrique como si de una personalidad se tratara y él les entregó las botellas. Siguieron tomando hasta ya entrada la noche. Enrique no había hablado mucho y solo observaba. También empezó a tomar vodka en unos pequeños vasos transparentes. Se que parecían a los que usaban de recipiente unas pequeñas velas que, usaban en su iglesia para ponerle a los santos.

La fiesta seguía y corría la bebida. Enrique, envalentonado, se enfiló a ver a la chica de la boina, quien había salido a la terraza a fumar un cigarro.

–Hola, ¿te acuerdas de mí?

–Claro, nos vimos hace días.

–¿Cómo te llamas?

–Marina Moyá.

–¿De dónde eres?

–De Cadaqués, soy catalana.

–¿También te corrió Franco?

Ella se rió:

–Así es. A mí también me corrió ese Franco. Cuando cayeron sobre Barcelona, los nacionales salimos rumbo a Francia y luego, gracias a unos amigos, pude llegar a Veracruz.

–¡Y tú que tenías que ver con ese Franco?

–Fui parte de la brigada anarquista que peleó contra los nacionales y, bueno, nos tocó perder.

Cuando dijo esto, Marina, que ya estaba tomada, le dio una fuerte calada a su cigarro y volteó a ver la laguna, como añorando algo. Enrique seguía preguntando y escuchando. Ella sentía como si se desahogara disfrutando y recreando la melancolía del exilio con Enrique.

–Y, ¿cómo llegaste hasta Tampico? –remató Enrique.

–Fíjate que había andado tumbos por México. Cuando llegué tuve una vida muy acelerada entre la bebida y la parranda. Quería escaparme de lo que había vivido en Barcelona.

Cuando Enrique escuchó esto se desanimó, como si de su novia se tratara, pero siguió escuchando atentamente.

–Estando en Ciudad de México, conocí a un grupo de artistas españoles de quien Edward era mecenas. Una pintora, amiga mía, llamada Leonora, le escribió y así lo conocí y, bueno, aquí estamos, invitados por él.

–¿Y tú, cómo llegaste aquí?

–Perdí todo y vine en busca de fortuna y no me ha ido nada mal.

Tanto Marina como Enrique compartían la melancolía y la tristeza; pero, después de platicar un rato, se dieron cuenta de que también compartían el sentimiento de las poesías de Antonio Machado, Miguel Hernández y León Felipe, que Enrique había leído y que a ella le recordaba la tristeza de los exiliados. Esa noche, eso los identificó y los unió. Enrique la tomó discretamente de la mano y le dio un beso en la misma.

Ella no sabía cómo reaccionar. Al final, en los últimos tiempos, ella solo había interactuado con patanes que solo abusaron. Se dejó llevar y sus ojos se llenaron de lágrimas. Él sacó de la bolsa de su guayabera un pañuelo y se las limpió.

—Me gustaría volverla a ver, Marina.

—Voy a estar unos días en la ciudad, en el hotel inglés.

—Mañana te busco —y la dejó.

Salió y también se despidió de Edward y de Plutarco que seguían bebiendo acompañados de tres jóvenes y la chica de la fina estampa.

Al día siguiente, se levantó con aquel día fresco de febrero y se dirigió a La Castellana. Jesús aún no se levantaba, por lo que no le pudo platicar lo sucedido. Enrique sentía que era otro. Llegó a abrir La Castellana y, una vez que se quedó solo con Justina, de manera discreta, le preguntó si sabía algo más de aquella chica que ella le había llamado anarquista.

—Fue novia de un pintor mexicano y también de un escritor. Es una mujer llena de resabios. También dicen que peleó en el frente de Barcelona junto con una columna de sindicalistas y, además, dicen que es atea.

Desde ese momento Enrique entró en crisis, en donde pasaba por ratos de alegría al saber que volvería a ver a la chica y por ratos de ansiedad al saber que no era una de esas mujeres «decentes», como le decía su madre. Al final, para un hombre formado con el catecismo del padre Ripalda y con una madre muy católica le causaba un gran conflicto interno, donde, por un lado, estaba la pasión y la ilusión y, por el otro, su honor y sus creencias.

Ya por la tarde, fue a buscarla al hotel inglés y fueron a pasear cerca de la laguna. Hablaron como si el tiempo no pasara. Después, Enrique sacó una botella de vino de Rivera

del Duero, con lo que la chica se emocionó y empezaron a beber. Ya por terminarse la botella, Enrique no pudo más y le dijo que se enamoró desde el primer día que la vio con aquella boina negra. A ella le causó gracia la forma de enamorarse de Enrique, ya que no estaba acostumbrada a que la trataran con tal caballerosidad y dulzura. En el fondo, pensaba Enrique, que cualquier mujer, por más feminista, atea y sindicalista, no resistía ser tratada con esmero.

Ella lo tomó de la nuca y le dio un beso en la boca. Enrique no supo qué hacer, aunque el instinto le ayudó y se entrelazaron y rodaron por la orilla de la laguna y, ahí mismo, como si de animales se tratara, hicieron el amor.

Al día siguiente, Enrique estaba más ansioso que nunca. No dejaba de pensar en la mujer, pero también le afectaba mucho lo que Justina le había dicho. Durante el día, pasó por momentos de alegría y momentos de cólera cuando pensaba en el pintor o aquellos hombres que le habían dicho fueron pareja de Marina.

Llegó la noche y fue a buscar a su amigo Jesús para contarle todo lo que le estaba pasando. Sobre la banca a la que solían usar frente al kiosco, vio a Jesús, lo que le dio mucha paz, no sabía por qué, pero se sintió tranquilo al poder ver a su amigo. Jesús al verlo también le dijo:

—Diantre, Enrique, me tienes muy abandonado. Debes de andar de enamorado para que no me busques.

Él sonrió:

—Tienes razón, he andado algo ocupado entre el trabajo y aquella chica de la boina.

En ese momento, Jesús, al ver lo atribulado de su amigo, recordó sus tiempos en el seminario y se puso en posición de confesor:

—¿Por qué andas así, como espinado?

Enrique le contó todo con lujo de detalles, aunque se resistió, en un primer momento, de confiarle su dilema.

—Fíjate que estoy enamorado de esa mujer, pero no es una buena mujer, como las que mi madre me decía que tenía que enamorarme, ya que no tiene las virtudes de las que ella siempre me habló. Yo la quiero y no puedo dejar de pensar en ella, pero ella ha tenido muchos hombres y además es atea.

—Hay momentos en la vida en que hay que darle más peso al amor que al honor. No creas que no me di cuenta de que te quisiste matar aquel día que llegué a tus corrales y ahora estás atribulado por algo que te tendría que dar alegría. Los hombres estamos locos —dijo Jesús, levantando la voz y riéndose—. Tú disfruta y deja esa pinche melancolía que en nada te ayuda.

Tras estas palabras, Enrique se sintió aliviado y tranquilo y los dos escucharon atentamente y sin hablar el repertorio de danzones que esa noche sonaron.

CAPÍTULO IX

EL TESORO DE LA SIERRA MADRE

Por esos días llegó mucha gente a Tampico con motivo de la grabación de la película. Fue un buen momento para La Castellana y para las Nueve Esquinas. En el caso de la primera, ahí se surtieron buena cantidad del whiskey que tomaban los huéspedes y la segunda surtía, además de los cigarrillos, agua embotellada, café molido, galletas y coca colas, entre otras cosas que los actores, el equipo de producción y extras necesitarían para la grabación.

El encargado estrella por parte de Antonio para llevar a cabo tan importante misión fue Jesús, que por sus conocimientos de inglés le quedaba como anillo al dedo. Todos los días por la mañana, Jesús les dejaba el pedido y levantaba el del día siguiente. Desde ahí tuvo oportunidad de conocer a cada uno de los participantes de la película. Jesús también ubicó perfectamente a Humphrey Bogart, pero al que más le interesaba conocer era al hombre de la silla plegable, Huston.

Durante todos los días que pasaron, Jesús se preocupó por entregar el pedido y ver la manera de darle solamente los buenos días a Huston. Pasaban los días y Jesús no habría logrado la oportunidad de hablar con él. Ya para finalizar las grabaciones, él había visto a lo largo de este tiempo que Huston fumaba puro. Ante su desesperación, consiguió unos puros que venían de Veracruz; se armó de valor y se los llevó. Esta vez, por su nerviosismo, olvidó saludarlo en inglés:

–Bueno días –y Huston le contestó en español el saludo.

Se acercó y le entregó los puros que le llevaba. Él los tomó y los puso arriba de su silla. Después, le agradeció y prendió uno. Huston era un hombre alto y atlético, como un boxeador. Apenas unos años antes, le había tocado grabar la toma de Italia para los aliados. Jesús, con desparpajo, le preguntó:

–¿De qué trata la película?

–De unos hombres arruinados que van a un lugar a buscar oro.

Jesús se rió:

–Es nuestra historia. Mi amigo Enrique y yo también estábamos muy jodidos y apenas nos estamos haciendo ricos.

Huston se rió y le contestó. –No creo. Estos hombres son ambiciosos y capaces de matar por codicia. Jesús le contestó: –Bueno, nosotros aún no nos hemos calado.

–Ojalá y no se calen, y también se rió dándole una fuerte calada al puro, como para catarlo.

Jesús, que ya no quiso ser impertinente, se despidió. Huston, nuevamente le agradeció los puros y se sentó en su silla plegable. Ya Jesús había visto en unos pequeños pizarrones que la película se llamaría «El Tesoro de la Sierra Madre». Ese día, se regresó muy contento a las Nueve Esquinas.

Después de aquella plática que tuvieron Antonio y Aurora sobre El cantar de los cantares y la chica del otro lado del Pánuco, a Jesús lo trataban de maravilla en las Nueve Esquinas y le llamaban «el protegido de la patrona», cosa que no le gustaba.

Jesús tenía paz, pero le faltaba la gloria que solo da la libertad y sus tragedias. Pasaba gran parte del día acomodando la mercancía que llegaba de los proveedores y cuando había pedido que entregar, él lo armaba, entregaba y levantaba el siguiente. La vida de Jesús era muy placentera, ya tenía un

salario que le permitía vivir decorosamente, tenía su trabajo y tenía una patrona que lo quería y lo protegía. Jesús tenía todo lo que hasta hace poco le faltaba. Sin embargo, se sentía que en esa vida pronto se haría más viejo y quería jugarse su último tercio haciendo algo que le diera libertad y, sobre todo, vida.

Al día siguiente, le anunciaron de su próxima misión hacia Chamac a entregar a la tienda del gringo un pedido. Jesús se emocionó y en cuanto le pasaron la lista en una hoja de papel marrón con el que envolvían las mercancías, empezó a guardar todo en las cajas para ya tenerlas listas para el sábado. Aunque Jesús había logrado generar un poder casi místico para contener las pasiones, también le ilusionaba volver a ver a la mujer de los rizos rojos.

Por su parte, Enrique, que todos los días trataba de recordar las palabras que le había dicho Jesús de su relación con Marina, no obstante, la loca de la casa, como también él había escuchado les decían a las tribulaciones mentales, no dejaba de martirizarlo. Pero, cuando veía a Marina todos aquellos sentimientos desaparecían, aunque regresaban cuando ella se iba y volvían con más intensidad y la loca de la casa lo hacía perder la razón. Enrique empezó a bajar el rendimiento en La Castellana, cosa que le advirtió Domingo derivado del último balance que revisaron.

Marina, por su parte, se la pasaba muy bien con Enrique, ya que este la cuidaba y la trataba muy bien; sin embargo, también empezó a ver que Enrique callaba cuando ella platicaba de su pasado en Barcelona, como si él estuviera recreando algo en su mente y su cara se le ceñía.

Llegó el sábado y Jesús partió rumbo a Chamac con toda su mercancía acomodada. Ana salió a despedirlo con una bolsa de tamales calientes para el camino, como Aurora le había

ordenado, y salió al despuntar el sol. Sin imprevisto llegó en torno a las 11 de la mañana a la «Goldenland» o tienda del gringo y se anunció. Le llamó la atención que ese día quien salió fuera Doña Lupe:

—¿Cómo está? ¿Qué razón me da de James?

—Fíjese que se nos puso muy malo y ahora está hospitalizado en San Antonio, donde tenemos familia.

—Ah que caray —se lamentó Jesús—; y, más o menos ¿cuándo regresa?

—Ya no va a regresar. Tiene un tratamiento que solo allá se lo pueden dar. Pero qué bueno que vienes, quiero que le des una razón a Antonio.

—Con gusto.

—Dile que vamos a cerrar la tienda por lo sucedido, pero coméntale que, si la quiere, se la podemos traspasar, al fin que ya está algo acreditada. Tiene clientela y las ventas siguen creciendo. Dile que, si se anima, que mande a alguien para hacer el inventario y ponernos de acuerdo con los papeles. Yo voy a estar este mes y el que sigue tengo que regresar con James.

—Siento lo sucedido, yo le digo esto que me comenta y ya ellos dirán qué sigue.

Terminó de bajar el pedido y le ofreció un vaso de agua de ciruela. Tras de beberla, se despidió. Se subió al camión y se dirigió al restaurante de la mujer de los rizos rojos. Estacionó el camión casi enfrente, bajó una maceta con una nochebuena que había comprado durante el camino y que, aunque ya había pasado la temporada, aún había algunas que tenían flor. Se la entregó y le dijo:

—Le traje esta flor en recuerdo de sus rizos y de la alegría que me da volverle a ver.

La mujer se sonrió y se puso aún más colorada de lo que era, y le contestó:

—Muchas gracias por el detalle. He preguntado por la tal princesa Micomicona y no me han sabido dar razón, incluso el cura me señaló que le sonaba, pero que no sabía nada de ese reino ni de esa reina.

Jesús se dio cuenta de que su estrategia había funcionado y cerró diciéndole:

—Esa princesa existió en el Quijote de la Mancha. Si me traes una cecina como la del otro día, con mi cervecita de cuartito, te platico de esta princesa, de Cardenio, Fernando y Lucinda.

El viejo lobo de mar le platicó la historia de Cardenio y la mujer quedó sorprendida del relato. Como esta vez Jesús llegó temprano, aún no tenía tanta clientela, pero tuvo que dejar de escuchar a Jesús cuando ese exquisito relato estaba llegando a su fin y el grito de una mujer lo interrumpió:

—Güera, ¿me puedes dar una orden de enchiladas?

Jesús terminó de comer y una vez que fue a pagar y a despedirse de la mujer, le confesó: «Me gustas». Y levantó el dedo como tratando de indicarle algo. Se fue en su camión muy contento cantando la canción del Venadito.

Llegó nuevamente al pardear a Tampico, fue con Antonio a informarle lo que Doña Lupe le había dicho. Antonio se quedó pensativo y le dio las gracias por llevarle el recado. Estacionó el camión y, como si de una liturgia se tratara, fue a buscar a Enrique para invitarle unas cervezas.

Cuando llegó a la casa de Domilita y entró al cuarto de Enrique, lo vio desenchajado; y como si de Cardenio se tratara, ya que se encontraba como loco y no paraba de moverse al interior de su habitación, Jesús le dijo:

—¿Qué te pasa?

—Vi a Marina con otro hombre.

Jesús se quedó callado unos instantes y luego le preguntó: «¿En dónde?»

—Salió de su hotel del brazo con un hombre de una chamarra de mezclilla y con un paliacate amarrado al cuello. No alcancé a ver bien, pero llevaba el pelo largo y usaba barba. No recuerdo más, la vista se me nubló y las piernas me empezaron a temblar.

Jesús, que tenía arreglo para todo, le ordenó:

—Ponte tus zapatos y vamos a tomarnos una cerveza y ya en el camino platicamos.

Llegaron al bar, pidieron su cubeta con mucho hielo picado y abrieron la primera. En ese instante, Enrique parecía un espolvoreador de churros de feria. Le temblaba todo el cuerpo y se mantenía callado, aunque con sus ojos llenos de furia.

Jesús le volvió a decir: «No le hagas cabeza. Disfruta a las viejas. No hay mal que por mujer no venga», y se rió. Esta vez Enrique no entendía razones y, después de beberse de un trago toda la cerveza, le dijo: «Espérame aquí, no me tardo».

Salió rumbo al hotel Inglaterra y pidió hablar con Marina. Ella bajó y vio a Enrique con los ojos rasos en una actitud no agresiva, sino de tristeza. Sin embargo, cuando ella le preguntó que qué le pasaba, él le respondió: «Te vi salir con un hombre de chamarra de mezclilla». Ella le contestó: «Sí, fue mi novio cuando viví en la ciudad de México». Esto hizo hervir la sangre de Enrique y sintió náuseas. Cuando ella vio cómo se estaba descomponiendo, lo conminó:

—No debes de enojarte. Nuestro amor es libre y tú y yo no somos nada. Además, yo no le pertenezco a nadie y puedo

hacer con mi vida lo que yo quiera. Yo siempre te dije cómo soy y como fui, así que si quieres aquí la dejamos, tío.

Enrique vio decidida a la mujer y le contestó: «Mañana hablamos». Y se fue a la cantina con Jesús.

Cuando llegó, Jesús lo vio desencajado y le expresó: «Anda, tómate una cerveza». Se sentó Enrique y no habló hasta que se tomó la segunda cerveza. Le empezó a platicar a Jesús lo sucedido.

—Estoy como loco, no sé qué hacer.

—Solo tú tienes la respuesta. Si te conoces bien a ti mismo vas a tomar una buena decisión, si tú consideras que no vas a poder vivir con lo que ella te propuso, mejor déjala y estate en paz con Dios y contigo.

Enrique le dio vuelta toda la noche a lo que Jesús le confió, que seguía en un dilema interno entre la pasión que sentía por Marina y sus circunstancias. Se dio cuenta de que no podría sobrellevar la propuesta de Marina y prefirió dejar de sufrir su infierno interno.

Al día siguiente fue a buscar a Marina y habló con ella:

—Prefiero que dejemos de vernos un tiempo.

—No tengo problema, al final siempre supe que esto era cosa de unos días, yo seguiré mi camino y tú el tuyo. En el verano regreso a Francia y no sé qué pasara de mí.

Enrique se despidió como todo un caballero, salió del hotel y se sentó en las bancas que solían usar por las noches, estiró los pies y el esternón. Se sentía muy triste, pero también dentro de él sintió una paz, no sabía a dónde iría su vida ni si había cometido un error, pero él se sintió tranquilo. Ese día no sólo se sintió tranquilo con los hombres, sino, principalmente, con él mismo, después de esa guerra interna que lo martirizó por un tiempo.

DEL FINAL Y LA NUEVA AVENTURA

Por aquellos días, había llegado a la ciudad el hermano menor de Aurora. Su nombre era Teodoro, un joven de apenas veinte años, blanco, de cabello castaño y no muy alto, pero de brazos y piernas fuertes. Lo mandaron a Tampico para que Aurora lo enmendara, ya que, en Hidalgo, se la pasaba peleando y, en la última riña, estuvo a punto de matar o que lo mataran, según le habían dicho a Aurora.

Cuando llegó, Antonio se lo encargó a Jesús, ya que veía en él a un hombre que podía guiarlo y atemperarle el carácter. Jesús, como viejo zorro que era, lo sabía torear y se apoyaba en él para el trabajo pesado, así que su nuevo lugarteniente, como él le decía, le apoyaba ahora a bajar las cajas de tomate que venían desde Chamac.

Platicaba mucho con Jesús sobre el arte de la conquista de mujeres y Jesús le daba sus mejores consejos. Pasaron unos días y Antonio mandó llamar a Jesús.

—Fíjate que hablé con Lupe para lo del traspaso de la tienda en Chamac. Me ofrece muchas facilidades ya que tienen confianza en nosotros, pero estoy detenido en cerrar la compra. ¿Por qué? Cerraría el trato solo si tú te vas a vivir allá y te llevas a Teodoro para que te ayude y hagan que la tienda prospere y, si nos va bien, también ustedes tendrían parte de las ganancias.

Jesús, que ya tenía toda la intención de andar por aquellas tierras, le preguntó:

–Y, ¿cómo para cuando sería ese cambio?

–En un mes, le contestó Antonio.

Jesús, que veía en este movimiento una nueva oportunidad de aventuras, le contestó: «¡¡A jalar!!

Después de decir esto, se quedó pensando y agregó.

–Tengo un amigo con el que he andado todo este tiempo en las buenas en las malas. Él trabaja en la Castellana y sabe de administración y de los libros. ¿Cómo ve? ¿Lo puedo invitar?

–Sí, pero recuerden que sus ingresos van a ser una parte fija y otra de acuerdo con las ganancias de la tienda.

–No se preocupe, yo veo eso con mi amigo.

Enrique seguía sumido en una tristeza que ya no hacía que disfrutara su espacio vital en el mostrador. Ya no salía a escuchar los versos de Juan El loco, ni veía con gusto el desparpajo con el cual los niños iban a su escuela.

Por esos días ya no planchaba sus guayaberas y sus zapatos picudos lucían sucios por el lodo. Justina lo veía muy desconcentrado y como si no estuviera ahí y le decía:

–Seguro esa anarquista te hizo un trabajo de brujería. Hoy es viernes y en un rato viene Beto Ramón para que te dé uno de esos botes con aceite para que te quite tu mal.

Cuando Enrique escuchó eso, se rió:

–Ya está saliendo el veneno –y siguió acomodando unas botellas en unos estantes de madera.

Esa noche se vio Enrique con Jesús, pero esta vez iba acompañado con el joven Teodoro, el cual parecía un potro cincuañero por el brío con el que caminaba, así como por su forma de ver a las mujeres. Llegaron y Jesús le presentó a Teodoro a Enrique. Se saludaron y se sentaron. Enrique en el medio. Jesús puso sus codos sobre sus rodillas para poder ver también a Teodoro y le empezaron a platicar el proyec-

to a Enrique, quien, en un primer momento, escuchaba sin emocionarse.

Conforme fue avanzando la plática y le comentaban que los tres serían los encargados, Jesús le puso nombres rimbombantes a los puestos que tendrían:

–Enrique tú vas a ser el gerente de administración y harás todo lo que haces ya en La Castellana, pero, además, tendrás tu escritorio frente al mostrador para que desde ahí controles todas las actividades y puedas también ver qué sucede afuera de la tienda. Tú, Teodoro, serás el gerente de operaciones y estará a tu cargo surtir los pedidos y cargar y descargar las mercancías.

–¿Y tú que harás? –le preguntó Enrique:

–¡Ah! Yo haré la magia y seré el gerente de entregas y relaciones públicas con los clientes. Todos los días tendremos reuniones para tomar las decisiones de manera conjunta y, claro, tendremos que darle cuentas a Antonio, el cual me prometió que, si subimos las ganancias de la tienda, nosotros también ganaremos de los dividendos.

A Teodoro, que no sabía mucho del tema, le gustó el nombre de su cargo y la posibilidad de no tener la vigilancia estricta de su hermana Aurora. Enrique se quedó pensativo, pero le gustó la idea de tener un gobierno entre los tres y la posibilidad de trabajar con su amigo y compañero Jesús. Además no quería volverse a encontrar con la chica de la boina con el hombre de la chamarra de mezclilla. De solo pensarlo, se le venía un piquete de dolor en el centro del estómago.

Les contestó que él también aceptaba, pero que tenía que hablar con el joven Domingo, quien había sido muy bueno y decente con él. Jesús se sintió ilusionado con el nuevo pro-

yecto, mientras veía cómo el hombre de la guitarrita entonaba «El gavilán tamaulipeco», canción que le encantaba.

Enrique esperó al joven Domingo, que regresaría ese fin de semana de la ciudad de México. El sábado al mediodía, le preguntó que si podían platicar:

–Claro, pásale –le contestó.

Le explicó el proyecto:

–Quiero irme a probar surte con mi amigo al Chamac, pero me quiero ir llevándome su amistad y dándole mi gratitud, ya que, como decía mi madre, la ingratitud es más fea que pegarle a ella.

Domingo se rió de lo dicho:

–Sigue tu camino y solo entrégale todo el mando a Justina, que ya tiene tiempo aquí y se merece quedar en tu puesto. Enséñale lo del cargo y el abono y el tema de los inventarios.

–Con mucho gusto. Estoy en deuda contigo y con otro paisano tuyo que, aunque ya le mandé pagar, nunca olvidaré lo que hicieron por mí.

Al igual que con el paisano de Domingo, aquí también se le rasaron los ojos a Enrique y, después del apretón de manos, le agradeció especialmente por aquella noche que les dio posada sin conocerlos.

–¡No me jodas! –gritó Domingo, levantando la mano derecha.

Pasaron los días y llegó la fecha de la partida. Ese día Aurora se levantó temprano y mandó a buscar a Jesús y a Teodoro, que estaban subiendo mercancía y sus cosas al camión de las Nueve Esquinas. Aurora empezó por dirigirse a Teodoro:

–Aquí te mandaron por peleonero y para que cambies tu forma de vida y puedas ser un hombre de bien. Si sigues por

el camino que llevas, lo más seguro es que pronto vayamos a reconocerte a una plancha o a la cárcel. No desaproveches esta oportunidad.

–No te preocupes, en mi nuevo cargo, no voy a tener tiempo de pelearme, ¿verdad Jesús?

–¡Claro que no!, te vamos a dejar muchas camionetas a descargar para que también ahí descargues tus bríos.

Después, Aurora, dirigiéndose a Jesús, dijo:

–Antonio tiene puestas muchas esperanzas en ti, no lo vayas a defraudar, aunque él decía que tú eras un viejo mañoso, con el tiempo se ha dado cuenta de que eres un hombre de gran corazón, un poco terco y desordenado, pero te distingue tu corazón. A lo que Jesús le contestó:

–Me llevo una gran responsabilidad después de esas palabras. Hubiera preferido que me dijera que, si fallaba, me mandaría a las Islas Mariás, a San Juan de Ulúa o cualquier otra prisión inhumana del país.

–Buena suerte y nos vemos pronto –se despidió Aurora.

Jesús recordó un pasaje de la Divina Comedia, cuando Dante encuentra a Beatriz, pero también tiene que dejar a Virgilio. Así sintió él. Se sentía feliz de una nueva aventura y de volver a ver a la chica de los rizos rojos, pero también tenía mucha tristeza de dejar a su protectora, Aurora.

–Que Dios reparta suerte –dijo el viejo Jesús, antes de ponerse el sombrero y salir acompañado de Teodoro.

Pasaron a la casa de Domilita por Enrique y, al despedirse de ella, se bajaron; y cuando terminaron de subir las cosas, Enrique se dirigió a Domilita:

–Ahora que triunfe la Revolución, vamos a regresar con mucho dinero.

–Ya les dije que esa Revolución solo ha sido una revancha

y los que lucharon para acabar con los caciques y terratenientes terminaron siendo como ellos, para ellos sí triunfo la Revolución, pero no me hagan enojar y que Dios los lleve con bien.

Se subieron los dos amigos y Teodoro que era una especie de encargo a cuidar y al cual mandaron en la parte media del camión, mientras que Enrique y Jesús iban pegados a las ventanillas.

Antes de dejar la ciudad, Jesús paró el camión en una loma donde se alcanzaba a ver todo el puerto y, con el pretexto de revisar las llantas, les pidió que se bajaran y le ayudaran. Antes de subir, los llamó a la parte del frente del camión:

—Yo soy un gran admirador de Santa Teresa de Ávila, incluso los únicos libros que traje del huizache son de ella. Según la historia, ella se fue muy enojada de su ciudad y se paró a las afueras de ésta y, antes de irse, se quitó las zapatillas, las golpeó y dijo: «de Ávila ni el polvo de mis zapatillas». Yo me voy de la Babilonia Huasteca con gran melancolía por lo que dejamos.

Pero, a diferencia de Santa Teresa, vieron cómo Jesús agarró un puño de tierra y lo echó en la bolsa derecha de su pantalón y se subió al camión con destino a Chamac.



| | |
|---|----|
| Capítulo I. De la caída | 9 |
| Capítulo II. De la retirada | 19 |
| Capítulo III. Del Camino | 27 |
| Capítulo IV. De la llegada | 35 |
| Capítulo V. La vida en la Huasteca | 47 |
| Capítulo VI. De la vitalidad de la vida y la muerte | 57 |
| Capítulo VII. De la primera vuelta a Chamac | 65 |
| Capítulo VIII. El hombre del cigarro | 73 |
| Capítulo IX. El tesoro de la Sierra Madre | 81 |
| Capítulo X. Del final y la nueva aventura | 89 |



**Taberna Librería
Editores**

LA BABILONIA HUAXTECA
de Pedro R. Torres Estrada,
se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2021,
en los talleres gráficos de Signo Imagen.
Email: simagendigital@hotmail.com
Cuidado de edición a cargo del autor.
500 ejemplares